

ANTOLOGÍA

EDICIÓN DE TONY JIM E IVÁN GUEVARA * SELECCIÓN

* DIEZ RELATOS DE

AUTORES DEL SIGLO XXI

PANDORUM

CIENCIA FICCIÓN 1



PANDORUM

**Selección de autores de
ciencia ficción del siglo XXI**

Septiembre de 2021

Edición sin fines de lucro, por las ganas que teníamos de hacerla.

Derechos reservados. Todos los relatos son propiedad de sus respectivos autores.

Idea, selección y prólogo: Tony Jim

Corrección de estilo y textos adicionales: Iván Guevara

Diseño y maquetación: Juan Pedro Pablo de la Mar

Ilustración de portada: Howard V. Brown (*Thrilling Wonder Stories*, 1938, *public domain*).

Para seguir en contacto:

Tony Jim: tonyjim.com

Iván Guevara: facebook.com/groups/Genteovejuna.Pulp.CF

Cristian Blanco: [@CBlancowriter \(Twitter\)](https://twitter.com/CBlancowriter)

Sergio Santana Sáez: facebook.com/sergio.santansaez

Claudio Díaz: [@relatos.de.terra.incognita \(Facebook\)](https://relatos.de.terra.incognita)

Julián Sánchez Caramazana:

facebook.com/julian.sanchezcaramazana

Ismael Rodríguez Laguna: npcompleto.wordpress.com

Aurora Rubio: auroradestiny.blogspot.com

Juan Carlos Fernández: juank-elcuentahistorias.blogspot.com

ÍNDICE

Introducción, prólogo, agradecimientos o algo parecido

El verdadero negocio, por Iván Guevara

El último viaje de Theodore Davis, por Cristian Blanco

Inter náufrago, por Sergio Santana Sáez

La peste, por Blanca Mart

Viaje de regreso, por Claudio Díaz

Sobran prótesis genéticas, por Julián Sánchez Caramazana

La estirpe de las tejedoras, por Ismael Rodríguez Laguna

Proyecto Kkoto, por Aurora Rubio

Perdido en la última frontera, por Juan Carlos Fernández

Cacería nocturna, por Tony Jim

INTRODUCCIÓN, PRÓLOGO, AGRADECIMIENTOS O ALGO PARECIDO

A pesar del título tan largo, intentaré ser breve. Solo quiero explicar cómo surgió la idea de hacer una antología de relatos de ciencia ficción y bautizarla Pandorum.

Con los años he ido conociendo a diversos autores, muchos de ellos magníficos, y pensé que sería buena idea reunirlos a todos —o al menos a la mayoría, ya que algunos no suelen escribir ciencia ficción (nadie es perfecto)— para ayudar a difundir su obra y a la vez potenciar las capacidades de cada uno, al formar parte de un contexto mayor, como es un libro. Me alegra que muchos de ellos hayan aceptado el reto, algunos escribiendo un cuento especialmente para participar en esta antología.

La verdad es que, si hay que resumir toda la obra en una sola palabra, yo usaría variedad. Aunque todos los relatos tienen que ver con la ciencia ficción, la temática es de lo más diversa: viajes en el tiempo, space opera, fantasía futurista, seres extraterrestres, etcétera. Hay bastantes autores veteranos, pero también alguno que no lo es tanto, así que podemos jactarnos de contar con la fuerza de las jóvenes promesas y con la solvencia de autores

consagrados. Como dije antes: variedad.

Pero bueno, nadie mejor que tú mismo para valorar el resultado.

En cuanto al título, coincide con el de una película bastante entretenida de hace algunos años, pero la idea tiene más que ver con lo que ha ido pasando en el mundo últimamente, este escenario apocalíptico en el que nos han situado y del que aún no hemos conseguido salirnos. Se nos antoja como si se hubiera abierto sin querer la mítica caja de Pandora, escapándose de ella todos los males y quedándose dentro lo que ya sabemos que ha quedado dentro. Por eso pensé en este título, como signo de nuestros tiempos.

En el apartado de agradecimientos, además de reconocer y agradecer la participación de todos los autores, aprovecho para destacar el trabajo de Iván Guevara, que no solo ha participado como autor, sino que ha llevado a cabo importantes labores de edición, revisión y corrección.

Y ya no me extiendo más, pues también haremos un breve comentario para introducir y presentar cada uno de los cuentos.

Espero y deseo que disfrutes con la lectura.

Tony Jim

Barcelona, 31 de agosto de 2021

EL VERDADERO NEGOCIO

Iván Guevara

Autor de cómics con material publicado en España, Italia, Francia, USA, Holanda y Argentina, Iván Guevara comenzó a escribir en prosa tras la caída del mercado editorial, aunque conservando siempre un fuerte componente visual en sus historias. Defensor a ultranza de la literatura popular y de las publicaciones llamadas pulp, ha colaborado con multitud de revistas y antologías. Tiene editados un par de tomos recopilatorios de sus relatos, además de las novelas Una noche de veinte mil años (ciencia ficción en formato bolsilibro) y Bodas de plomo (género negro).

El relato que presentamos a continuación ha sido escrito especialmente para esta antología. La escritora y estudiosa del género fantástico Blanca Mart ha destacado en él las descripciones de los escenarios, la creación de atmósfera y la capacidad del autor para despertar el interés del lector, guiándolo de forma reflexiva, apacible y bien cuidada hasta llegar al sorpresivo desenlace. Del argumento no podemos contar demasiado sin arruinar parte de la lectura. Preferimos dejar que seáis vosotros quienes vayáis descubriendo poco a poco la manera de hacer El verdadero negocio.

La mano de Ernesto pulsó el interruptor y toda la estancia se tiñó de una vaporosa luz ambarina. El sótano de la antigua librería de la calle Libertad olía a mocho y estaba abarrotado de destartaladas estanterías de madera, colocadas en sentido perpendicular al muro sobre el cual se extendía la escalera de entrada. Contra la pared opuesta a la de la escalera se amontonaban unos cuantos arcones desvencijados, un mueble archivador de cajonera y un pequeño escritorio con una vieja *Underwood 5*, una libreta encuadernada en tela y una lámpara de estilo modernista que pretendía ser de bronce, aunque era de latón. Tanto las estanterías como los arcones estaban colmados de volúmenes de los más diversos tamaños, épocas y temáticas.

—Tenga cuidado con los escalones —avisó el librero mientras bajaba—, hay alguno que está un poco flojo. Siempre olvido llamar para que vengan a arreglarlo.

—No tiene importancia —respondió el visitante siguiendo a Ernesto hacia el interior del sótano—. Me sorprende que, con lo grande que es el local y lo surtido que está, aún tenga más libros aquí debajo.

—Hay más aquí que los que tengo expuestos para la venta, puede creerme.

—Asombroso. Una librería de veras imponente, majestuosa...

—Y una de las más antiguas de Buenos Aires. Mi bisa-

buelo la fundó en 1904. El Rengo Flores, le decían. Hasta hay una placa en su honor en una plazoleta del barrio.

El visitante recordó el retrato amarillento del adusto cuarentón de tupidas patillas unidas al bigote que había visto en la planta de arriba, ocupando un lugar destacado detrás del mostrador, en la única pared del establecimiento que no estaba cubierta de estantes.

—Cumplirá su primer siglo dentro de cinco años, entonces.

—Cuatro y medio, porque se inauguró en marzo. Pero no se engañe, el negocio ya no es lo que era. La gente lee cada vez menos. Los libreros que aún subsistimos somos los que hemos tenido la capacidad de adaptarnos abriéndonos a otros ramos.

—¿Quiere decir que la librería es una tapadera?

—Quiero decir que hoy, el verdadero negocio está en otro sitio. Gracias a ello puedo permitirme mantener la librería en funcionamiento.

—Un auténtico bibliófilo, señor Flores.

Mientras conversaban, habían llegado hasta el escritorio del fondo. Ernesto se ubicó enfrente a la máquina de escribir y señaló, a su invitado, una silla en el lado opuesto.

—Tome asiento, por favor. —El hombre le hizo caso y el librero lo imitó a su vez—. Dejémonos de rodeos. Usted ya sabe a lo que me dedico, señor Equis. Alfredo me ha dado referencias tuyas y por eso estamos aquí.

—Buenas referencias, por lo que veo...

—Pésimas, que en su caso son las mejores. No quiero saber qué crímenes ha cometido y, como le dije antes, ni siquiera me interesa conocer su nombre. Lo único que

necesito es su compromiso de no echarse atrás cuando le revele el método por el cual le proporcionaremos una nueva vida.

—Eso depende. Si ese método implica ponerme en riesgo de alguna manera, no sé si estaré tan interesado en seguir adelante.

—No se preocupe. No es usted la primera persona con problemas que acude a nosotros para que le facilitemos una vía de escape. Hasta hoy nuestro nivel de éxito ha sido absoluto. Puedo garantizarle que jamás será atrapado, si decide confiarse a nosotros, y que su vida e integridad física no serán puestas en peligro. Pero ya Alfredo tiene que haberle hablado de esto antes de enviarlo a verme...

—Sí, me habló, me habló. De lo que no me habló es del método que piensan usar para que esa fuga sea tan infalible como dicen...

—De eso no le habló, claro, ni tenía por qué, aunque seguramente sí le habrá comentado algo sobre nuestros honorarios.

—Lo hizo, sí —dijo el visitante, colocando sobre el escritorio el pequeño maletín que había traído consigo y disponiéndose a abrir el cerrojo.

—No hace falta que me lo muestre, por favor. Deshonestos pero honrados. Su palabra me basta, ¿cuánto hay?

—Doscientos cincuenta mil pesos.

—Es más que suficiente. Admito que el precio no es barato, pero se lo parecerá cuando le explique nuestra metodología. Si promete confiar en mí y no echarse atrás, podríamos comenzar el proceso ahora mismo, sin movernos de este sótano.

—¿Proceso?, ¿qué es eso de proceso?

—Por favor, no se altere. Le pido disculpas por no haberme expresado con claridad. Digamos que se trata de un viaje, para que lo entienda. Ahora, si desea seguir adelante...

—Está bien, tampoco es que tenga demasiadas alternativas. Acepto ponerme en sus manos y prometo no arrepentirme cuando me haya contado de qué se trata.

—A eso llamo yo un juramento solemne.

—Pensé que era lo que me estaba pidiendo... Por favor, podrían atraparme en cualquier momento, cada minuto cuenta.

—De acuerdo. —El librero hizo un ademán con la mano, abarcando gran parte del ambiente de forma poco concreta—. Aquí mismo, en este sótano, hay un pasadizo que permite desplazarse a través del tiempo. Soy capaz de enviarlo a una época anterior a sus crímenes en la que, por tanto, aún no era usted un prófugo de la justicia.

Ernesto hizo una pausa para estudiar la reacción de su interlocutor, que tardó algunos segundos en responder.

—¿Qué? ¿Una máquina del tiempo? ¿Tengo cara de otario, yo, o se cree que me chupo el dedo?

—Serénesa, señor Equis. Permita que se lo explique en detalle...

—Pero ¿de qué detalles me hablás, atorrante? Alcanza y sobra con lo que ya dijiste. ¿Te pensás que sos el primero que se inventa un cuento del tío? Por eso querías que viniera con la guita...

—Por favor, no perdamos la compostura. Yo no lo estoy tuteando. —Se miraron fijamente a los ojos—. Aunque quisiese, no veo cómo podría quedarme con su dinero. Usted no me lo permitiría, físicamente es más fuerte que

yo. La única posibilidad que tengo de cobrar es cumplir con mi promesa y hacer que escape usted de este 1999 dejando el maletín aquí. Igualmente, no tiene de qué preocuparse, le daré bienes por un valor casi equivalente en la época a la que decida viajar.

—Sí, claro, en su máquina del tiempo...

Volví a tratarlo de usted. Era una buena señal, pensó Ernesto. Tardó aún unos cuantos minutos y otras tantas réplicas hasta conseguir que el señor Equis le permitiese explicarse. No había sido de los más difíciles de convencer, pese a todo. Tantos años contando la misma historia y recibiendo respuestas similares le habían proporcionado al librero cierta experiencia en el arte de apaciguar a las fieras.

—En realidad no se trata exactamente de una máquina del tiempo, como usted la llama— dijo cuando, al fin, pudo retomar el hilo de su exposición—. Es una cueva que hay aquí abajo, apenas una grieta en la piedra de estas paredes, pero lo suficientemente grande como para dejar pasar a una persona. Cuando esté preparado, se la mostraré. La cueva contiene una especie de vórtice temporal que permite viajar hasta unos trescientos años al pasado. Ignoro qué sucedería si intentásemos ir más atrás y tampoco sé exactamente cómo funciona el vórtice, ya estaba aquí cuando heredé la librería. Aun así, puedo conseguir cierta precisión en la fecha de destino, con un margen de error máximo de unos diez años antes y diez después, lo cual no está nada mal...

—Espere un poco. Si dice que no sabe cómo funciona la máquina, entonces cómo es que sí sabe manejarla.

—No es una máquina, es una cueva natural. Y yo no

diría que lo que hago sea manejarla. Intentaré simplificar la explicación. Quien descubrió la cueva fue mi bisabuelo, el Rengo Flores, ¿recuerda que ya le he hablado de él?

—Sí, el señor de la foto antigua esa que está arriba, el fundador de la librería.

—Exactamente. Eso, la fundación, fue en 1904. Poco tiempo después de adquirir este local, que acababa de ser construido, mi bisabuelo descubrió que en el sótano se había abierto una grieta. La grieta despedía una luz muy extraña y todas las cosas que caían dentro desaparecían. Cierta vez, por hacer una prueba, arrojó un libro a la grieta, que ya se había ensanchado más o menos hasta su tamaño actual. La grieta se lo engulló, pero a la semana siguiente, uno de los dependientes vio cómo el libro se materializaba ante sus ojos en el piso de arriba. Así descubrió que se trataba de una verdadera grieta temporal. También observó que los objetos no volvían a aparecer por la grieta, pero lo hacían en una zona más o menos cercana. La parte sur del barrio de Retiro y, digamos, unas cuantas manzanas de San Nicolás y de Recoleta. A fuerza de estudiar la grieta, se dio cuenta de que la época a la que enviaba los objetos tenía que ver con la temperatura de la grieta y con la cantidad de sombra que el objeto proyectara sobre según qué sector de las paredes que dan forma a la cueva. No me pregunte cómo lo averiguó porque no lo sé. La cuestión es que puso manos a la obra. Algunos años después consiguió instalar un compresor con un primitivo termostato y una complicada serie de pantallas de diferentes tamaños que, al cubrir parcialmente la luz que irradia de la grieta, pueden combinar y modular los sectores de sombra para llegar a una determinada época. El margen

de error es el que antes le he mencionado.

—Un momento... Si aquel libro volvió a la librería una semana después de perderse, quiere decir que la cueva también sirve para viajar al futuro...

—Sí y no. En teoría es posible, pero cuando se hicieron las pruebas, ninguno de los voluntarios que fueron enviados al futuro logró regresar, ni tan siquiera aparecer por la puerta de este local en la época a la que se suponía que debían viajar. Ya han pasado más de ochenta años, alguno tendría que haber intentado ponerse en contacto a estas alturas. Con el pasado es diferente. En su primer viaje, mi bisabuelo quiso viajar a los tiempos de la Revolución de Mayo, aunque llegó unos años antes, justo para las Invasiones Inglesas. Eso da igual, lo importante es que logró identificar esta parcela en concreto, que en ese entonces estaba sin edificar, y excavó hasta toparse con el vórtice. Lo mantuvo oculto algunos meses, durante los cuales construyó otro tablero de mandos para poder regresar. Años después, uno de los hermanos de mi bisabuela, Osvaldo, el soltero empedernido; también se ofreció voluntario para viajar al pasado y logró regresar construyendo unos nuevos mandos.

—O sea que sí es posible viajar al futuro o, al menos, regresar.

—Olvidelo. No puedo ofrecerle esa opción. Los planos de los controles son un secreto que ha pasado de generación en generación y no le será revelado a nadie que no sea de la familia. Nuestro negocio consiste en enviar al pasado a gente como usted, personas a quienes en ninguna circunstancia les convendría regresar. Es más, lo recomendable sería enviarlo a una época muy anterior a su nacimien-

to para evitar cualquier tipo de paradoja accidental.

—Entiendo su forma de pensar. Siendo un delincuente perseguido por la ley, usted se asegura de que nunca me arrepentiré y querré volver a esta época.

—Como ve, todos salimos ganando. —El librero abrió el cajón inferior de su escritorio y sacó de él un portafolio de cuero—. Los doscientos cincuenta mil pesos —continuó— no son solo para costear su viaje al pasado. También le proporcionaremos toda la documentación legal que le servirá para crearse una nueva identidad en el año de destino. Ésta, por ejemplo —dijo sacudiendo un poco el portafolio para llamar la atención del visitante—, es de finales del siglo pasado, pero tengo de muchas otras épocas, con diferentes nombres cada una de ellas, todas perfectamente legales. Además de la documentación, recibirá usted una cierta cantidad de oro, no demasiado para no levantar sospechas, y también algo de dinero como para sufragar los gastos de los primeros años de su nueva vida.

—¿Dinero antiguo?

—Por supuesto, aunque ya no será antiguo cuando llegue a su nueva época. Respecto a esto, permítame sugerirle elegir algún año comprendido dentro del periodo histórico que va desde 1891 hasta 1959. En esos tiempos el país gozaba de cierta estabilidad económica y el dinero no cambiaba de nombre a cada rato, como en los últimos treinta años. El Peso Moneda Nacional estuvo vigente desde 1881 hasta 1969, fue el que más tiempo nos duró... Imagínese usted viajando a los años setenta, por ejemplo, contando con nuestro margen de error de una década, podría ir a parar a un año en el que el dinero que se lleva-

se de aquí no le sirviese para nada. Hace diez años, sin ir más lejos, teníamos australes en lugar de pesos. ¿Sabe usted cuánto vale hoy un austral?

Era una pregunta retórica. Ambos sabían que un austral no valía nada, equivalía a la centésima parte de un centavo.

Ernesto hizo una pausa para observar al visitante. Su actitud había ido cambiando durante la charla y supo que había logrado convencerle incluso antes de que lo verbalizara.

—Está bien —dijo el hombre—, muéstreme el funcionamiento de su máquina. Si es verdad lo que me ha estado contando, viajaré en cuanto usted pueda arreglarlo.

—Ahora mismo es un buen momento. Si no se ofende, le pediré que coloquemos el dinero aquí. —Ernesto dio dos ligeras palmadas sobre la tapa superior del archivador de cajonera—. No quisiera que, por error o distracción, olvidara dejar el maletín en el presente y cruzara la grieta con él.

—Es verdad —sonrió el señor Equis—, de poco me iba a servir.

El hombre depositó el maletín sobre el mueble archivador y Ernesto, sentado detrás de su escritorio, movió tres palanquitas ocultas bajo la lámpara de latón que quería ser de bronce y comenzó a teclear una serie de coordenadas en la *Underwood*.

—Puede mirar todo lo que quiera —dijo, sin dejar de mecanografiar—, de todos modos, no comprenderá qué estoy haciendo. Mi abuelo primero y después mi padre, a lo largo de los años, fueron perfeccionando el juego de pantallas y el rudimentario compresor de mi bisabuelo.

Ahora, los mandos de lo que usted llama máquina del tiempo están todos montados bajo las teclas de esta vieja máquina de escribir, aunque hay que conocer el código para poder utilizarlos. Estoy programando su destino a finales del siglo XIX para que coincida con la documentación del portafolio, ¿le parece bien? Como le dije, dispongo de otras identidades, así que si prefiere una época distinta dígamelo ahora, antes de que se abra el portal.

—Está bien, no voy a cambiar. Ya que voy a perderme los festejos del tercer milenio, al menos estaré allí para cuando llegue el 1900.

Ernesto terminó de programar en silencio, luego se puso de pie y apoyó el portafolio de cuero con la documentación encima del maletín con el dinero.

—Ahora ayúdeme, si es tan amable —dijo al cabo—. Vamos a mover este archivador.

Pesaba lo suyo, pero entre los dos no tuvieron que hacer un gran esfuerzo para empujar el mueble unos cuantos metros. Cuando lo hubieron hecho, quedó al descubierto un agujero poco más alto que el escritorio, hundido en la piedra de la pared. El librero y su visitante se acercaron y contemplaron la abertura a unos pasos de distancia.

—¿Y este boquete es lo que quiere hacer pasar por máquina del tiempo?

—Tenga paciencia —dijo Ernesto recogiendo el portafolio de cuero—, ya falta poco, aún se están acomodando las pantallas. Se trata de una tarea mecánica, como la del timón de un velero, hay que darle algo de tiempo... En el portafolio, además de los documentos, hay diez mil pesos de la época en billetes más o menos grandes. Tenga cuida-

do al cambiarlos porque es una pequeña fortuna.

En ese momento, la cueva se iluminó con un resplandor que abarcaba todo el espectro del arcoíris.

—¿Qué es eso? —exclamó el señor Equis, a medias cegado por la repentina luz.

—El vórtice, la grieta... su túnel del tiempo, por así decirlo. Por lo que veo, todavía no se lo acababa de creer, ¿verdad? Espero que esto haya disipado sus dudas. Ahora debe apresurarse. Las coordenadas solo son seguras durante unos minutos, luego no podré garantizarle el año de destino.

El hombre hizo un movimiento llevándose las manos al bolsillo de su chaqueta. A Ernesto le resultó sospechoso y se aferró al portafolio, abrazándolo contra su pecho.

—¡Quedate quieto! —le ordenó el visitante, exhibiendo una placa de la Policía Federal mientras apuntaba al libreiro con su pistola reglamentaria—. Soy el comisario inspector Nemesio Escudero, de Inteligencia Criminal. No sé de qué va todo esto, pero hasta que lo averigüemos estás arrestado.

—Pero, entonces, Alfredo es un traidor...

—Tu amigo hace veinticuatro horas que está guardado en una celda. Llevamos tiempo sospechando de él y de vos. Todavía no logro creerme el folletín que me contaste, pero lo cierto es que hay criminales que están desapareciendo y tengo tu confesión grabada en mi bolsillo. Date vuelta despacio y poné las manos contra la pared.

—No me lo puedo creer. Después de tanto tiempo, terminar así...

—¿No me escuchás? ¡Las manos contra la pared! Despacio, que pueda verte. —Ernesto comenzó a girarse—.

¡Ahí no! ¡Apartate del agujero! —Sin perder tiempo, el librero llegó hasta la cueva en un par de zancadas—. ¡Alto o disparo!, ¿me oís?

La bala lo alcanzó en la pierna derecha apenas unas décimas de segundo antes de que hubiese terminado de atravesar la grieta. Nemesio Escudero lo vio desaparecer en medio del resplandor. Luego, la luz se apagó y solo quedó un agujero en la piedra.

Se había desmayado al recibir el impacto. Cuando despertó, estaba tirado sobre un colchón de césped mal cortado. Hacía un frío despiadado y había comenzado a oscurecer. La pierna sangraba y le dolía horrores. El hijo de mala madre le había acertado justo en medio del tendón de Aquiles. No veía a nadie en las cercanías que pudiese ayudarlo. En parte, mejor, aún no sabía dónde ni cuándo estaba y no iba a ser sencillo explicar lo de la herida de bala.

Alzó la vista y reconoció el monumento a Alsina que lo miraba de frente, a medias cubierto ya por las sombras del anochecer. Supo que estaba en la Plaza Libertad, lo cual no dejaba de ser una buena noticia. La librería se encontraba a unos quinientos metros de allí —o, al menos, el sitio donde en algún momento estaría la librería—. No le resultaría sencillo andar en aquellas condiciones, pero de nada servía lamentarse. Se arrancó las mangas de la camisa e improvisó con ellas un vendaje para la pierna. Comprobó el contenido del portafolio de cuero, del cual no se había despegado desde el momento de revelar la ubicación de la grieta. Haciendo un esfuerzo leonino, logró arrastrarse hasta un árbol cercano y arrancarle una rama

más o menos resistente. Se le ocurrió que el hecho de que la plaza se llamase Libertad podía tomarse como una alegría, aunque de momento se le escapase el significado. Usando la rama como bastón, pudo salir de la plaza y caminar tambaleante por aquellas calles que tan bien conocía —o conocería, en rigor de verdad—. Volvió a sentirse afortunado de encontrar pocos peatones a su paso.

Al ver el local, comprobó que estaba vacío. Abrió el portafolio y sacó la antigua llave de forja que cuatro generaciones habían atesorado. Los hombres de su familia siempre habían sabido que algo así sucedería tarde o temprano. Ignoraban a cuál de ellos le tocaría volver a comenzar con el negocio, pero sabían que alguno lo haría.

En el portafolio transportaba también el título de propiedad del local. Como comprobó más tarde, había llegado a julio de 1903. Contaba con menos de ocho meses para convertir aquellas paredes llenas de nada en una auténtica librería que, con el tiempo, se convertiría a su vez en una librería de viejo. El trabajo sería arduo, mas no irrealizable. El título de propiedad y la documentación personal estaban a nombre de su bisabuelo. Eso no suponía problema alguno, ya que se llamaba igual que él. Ernesto Flores. El Rengo Flores, le decían en el barrio porque cojeaba de la pierna derecha. Según su padre y su abuelo, el viejo nunca había querido contar el origen de su cojera. Ahora, Ernesto lo había averiguado en carne propia. Una bala policial de nueve milímetros.

Sintió ganas de bajar al sótano y comprobar el estado de la grieta, pero ¿para qué? En lugar de eso entró al baño y se miró en el espejo. Tenía ocho meses para dejarse crecer el bigote y las tupidas patillas que luciría en la fotogra-

fía que iba a colgar de la pared más destacada de la librería durante casi un siglo. El día de la inauguración, según creía recordar, conocería a una chica. Años más tarde se casaría con ella y tendrían un hijo, luego un nieto y después un bisnieto. Ellos se encargarían de mantener vivo el legado familiar, incluso cuando el público lector comenzase a escasear y aun cuando los libros dejaran de ser el verdadero negocio.

* * *

Glosario de argentinismos

Rengo: Cojo.

Otario: Tonto, fácil de engañar.

Atorrante: En este caso, persona astuta, manipuladora, que sabe salirse con la suya.

Cuento del tío: Estafa que consiste en ganarse la confianza de alguien por medio de engaños para despojarlo de sus bienes.

**EL ÚLTIMO VIAJE DE
THEODORE DAVIS**

Cristian Blanco

Mucho se ha escrito sobre viajes en el tiempo y la ciencia ficción está aún muy lejos de agotar las posibilidades del tema que, dicho sea de paso, es uno de nuestros favoritos. Si en el relato anterior asistíamos al viaje que daba comienzo a una historia, en El último viaje de Theodore Davis seremos testigos de la confrontación del protagonista con el momento en que salvó su vida atravesando un agujero de gusano y con las terribles consecuencias, hasta entonces ignoradas, que de él se derivaron.

Cultor principalmente del género del terror, Cristian Blanco consigue crear un clima opresivo y aparentemente sin escapatoria para luego resolverlo de forma contundente, al mejor estilo de un Stephen King, un Clive Barker o un Garth Ennis; autores de los que este barcelonés amante del campo se reconoce deudor.

Colaborador frecuente de las revistas Círculo de Lovecraft y de Tentáculos y cuervos, ha publicado la novela La llamada de la luna (2017, Wave Books) y la antología de terror y ciencia ficción Relatos de lo oscuro, de la cual forma parte el relato que nos enorgullece ofreceremos a partir de la próxima página.

Davis observó cómo el hombre calvo abría la puerta con pericia y caminaba hasta el porche, con la luz del sol reflejándosele en las gafas y el cráneo. El anciano lo estudiaba sentado en su mecedora y dando tragos de un vaso de limonada que era demasiado ácida para su salud. Se relajó y dejó el vaso sobre la mesa auxiliar mientras esperaba a que el hombre se acercara más. Se limpió las manos de cualquier manera sobre la sucia camisa y sonrió al ver cómo el visitante le miraba con una mezcla de asco y repulsión. ¿Querían ver a un genio? ¡Ja! Los genios también se ensucian y pueden ser paletos, aunque Davis no se consideraba una eminencia.

El hombre venció la repulsión y se acercó. Era un hombre de unos cuarenta y pico, totalmente calvo, con los ojos hundidos y un rostro que parecía haber recibido más puñetazos que caricias. Vestía un traje totalmente negro y una camisa del mismo color. A Davis no le parecía el clásico periodista fisgón, pero no se podía fiar de las apariencias.

—¿Theodore Davis? —preguntó el calvo con voz ronca.

El viejo volvió a dar un trago a su vaso de limonada y lo tragó lentamente, probando la paciencia de su interlocutor.

—¿Quién lo pregunta? —contestó Davis mientras se pasaba la lengua por sus encías delanteras, donde hacía mucho tiempo que no había dientes.

El hombre rebuscó en el bolsillo de su americana y sacó su cartera. De ella sacó una tarjeta de color blanco que tendió al anciano.

—Me llamo Jeremy Frost, trabajo para la empresa *Redmond Inc.*

Davis cogió la tarjeta con los dedos índice y pulgar y le dio varias vueltas entre sus manos. La tarjeta tenía un logo serigrafiado que representaba el tronco de un árbol que se bifurcaba en dos copas. ¿Otro chiflado que venía de visita? Hacía tiempo ya del último.

—¿Y qué quiere su empresa, señor Frost?

En otro momento habría echado a ese iluminado a patadas de su casa, pero sentía cierta curiosidad. Frost sonrió y su rostro adusto parecía el de un villano de opereta. Desde luego no había sido un oficinista toda su vida.

—Estamos interesados en usted. Nos gustaría contratarlo para nuestra compañía.

Davis arqueó una ceja. Era demasiado viejo para esas tonterías.

—Estoy retirado, señor Frost. Y todo lo que quiera saber sobre el proyecto *Opendoor* está al alcance de su mano. Puede buscarlo por internet o pedirselo al gobierno directamente, ya sabe cuál es la política al respecto.

Vació de un trago lo que quedaba de limonada y miró a Frost, quien se quedó observándolo con una sonrisa condescendiente. Le estaba tocando los cojones ese calvota. Quizás era un cliché, pero echó de menos tener su escopeta en esos momentos, así espantaría a esos moscones neoyorquinos.

—Señor Davis, sabemos todo lo que hay que saber sobre el proyecto *Opendoor*. A quien queremos es a usted.

La máquina es lo de menos, lo importante es el viajero.

Davis se rio tan fuerte que se puso a toser y Frost tuvo que golpearle en la espalda por si se atragantaba. Cuando paró de reír, el rostro del anciano seguía sonriente y con lágrimas en los ojos.

—Esa sí que es buena. ¿Me quieren a mí? Soy solo un astronauta retirado que estuvo en el momento adecuado. No necesito su dinero así que ilárguese de mi propiedad!

—Sabemos qué sucedió durante los cinco minutos de apagón señor Davis. Así que, ¿por qué no me acompaña? —Frost hizo un gesto hacia la calle y añadió—: Tengo un coche esperándome.

Davis se pasó la lengua por sus encías y escupió al suelo. Miró a Frost a los ojos, intentando escrutar si mentía o no. Podrían no ser más que paparruchas ya que todo el mundo sabía que en la Estación Espacial Nexus hubo un apagón de cinco minutos, pero nadie le había planteado que hubiera sucedido algo más.

—¿Y si no le acompaño? —inquirió Davis.

Frost se encogió de hombros.

—Eso es cosa suya, ¿le permitiría su conciencia quedarse aquí sabiendo que nosotros lo sabemos?

—¿Qué saben ustedes de tener conciencia?

Frost no respondió y le miró con ojos inexpresivos. Davis le aguantó la mirada un rato y se rio. Se levantó, entró en casa, se enfundó una chaqueta de punto azul, volvió a salir y cerró la puerta con llave.

—Ha despertado mi curiosidad, aunque no creo que sepan ni la mitad de lo que creen saber —dijo Davis mientras se abrochaba la chaqueta.

Frost le hizo un gesto con la mano para que le siguiera

y salieron de la propiedad. Efectivamente, había un vehículo esperándoles, un sedán negro de aspecto siniestro. Frost le abrió la puerta trasera y Davis se acomodó en el asiento sin muchos aspavientos. No tenía nada que perder salvo la vida y eso era algo que hacía mucho tiempo que no tenía sentido para él.

Viajaron en silencio durante más de media hora, dejando atrás el núcleo urbano de Santa Mónica e internándose en una urbanización cercana rodeada de bosques. Frost, que estaba en el asiento de copiloto, no abrió la boca durante todo el trayecto, y Davis no quiso satisfacer su ego haciéndole preguntas. Ya lo interrogaría cuando llegasen a destino. Durante el camino tuvo tiempo para reflexionar sobre el proyecto *Opendoor*, posiblemente la misión espacial más titánica a la que jamás había hecho frente la NASA. Fueron más de veinte años de estudios y de pruebas fallidas con animales hasta que decidieron hacerlo con personas. El proyecto *Opendoor* tenía un objetivo claro, auspiciado por algunas de las mejores mentes de la Tierra: lograr viajar en el tiempo. Se perdieron miles de millones de dólares durante el proyecto y dos directores tuvieron que dimitir hasta que lograron materializar su objetivo.

El primer paso era crear un minúsculo agujero de gusano, que fue creado en un acelerador de partículas construido especialmente para el proyecto *Opendoor*. El más potente que un ser humano habría concebido jamás. En segundo lugar, este minúsculo agujero de gusano podría ser hinchado y conservado en este estado a través de la antigravedad. En tercer lugar, una boca del agujero de gusano se haría girar en un acelerador de partículas hasta

aproximarse a la velocidad de la luz durante una década. De esta forma se establecería una diferencia de dilatación del tiempo entre las dos aperturas del agujero de gusano. Al juntar las dos aperturas del agujero de gusano, se conseguiría una máquina para viajar al pasado.

Un piloto viajaría en la *Opendoor 1* —una nave más similar a un caza de guerra que a un cohete— diseñada especialmente para el viaje a través de dicho agujero al pasado, cuya duración se estimaba en cinco minutos, y volvería para contar sus impresiones. Estaba todo testado y nada podía salir mal o eso creían.

Davis no era su primer candidato. A decir verdad, era imposible que lo fuera ya que no era más que un conserje que trabajaba en la estación. Sin embargo, gracias a su amistad con el capitán Falkner —el piloto que iba a montar en la *Opendoor 1*— pudo ser testigo del primer viaje en el tiempo realizado por un humano.

El acelerador estaba listo, la apertura estaba preparada y el *Opendoor 1* estaba a punto de introducirse en el agujero, en un simbolismo sexual que a Davis no le pasó desapercibido y le hizo esbozar una sonrisa.

Todos en la estación estaban preparados para el gran momento, aguantando la respiración mientras Falkner entraba en el agujero y desaparecía de su vista durante unos instantes. Segundos después, la nave volvía a estar junto a ellos, pero vacía. Abrieron la cápsula de seguridad y Faulker no estaba allí o al menos nada que pudiera identificarse como humano. Un borrón sanguinolento y humeante en el asiento del piloto era lo que quedaba de los restos del gallardo capitán Walter Falkner.

A partir de ahí, la historia oficial cuenta que el valiente

conserje Theodore Davis, dado que no había más científicos ni militares presentes, se presentó voluntario como sujeto de pruebas en honor a su mejor amigo. Eso fue tan solo una de las muchas mentiras que se contaron acerca de aquel día. Cuando vieron el cuerpo de Falkner, los científicos y los militares entraron en pánico. Muchos vomitaron el desayuno y otros lloraron como niños pequeños. El lanzamiento había sido anunciado varias veces y, si fallaban, la poca credibilidad que le quedaba al proyecto *Opendoor* se perdería para siempre. El problema era que ninguno de ellos estaba dispuesto a montarse en esa trampa mortal así que, mientras Davis miraba todo con ojos de alucinado, todavía intentando digerir lo sucedido, lo agarraron entre dos soldados y lo tiraron al suelo. El conserje no entendía nada de lo que estaba sucediendo y gritó y pateó intentando librarse de esos maníacos. Pero cuando vio a uno de los científicos encargados del proyecto que le acercaba uno de los trajes espaciales de reserva, comprendió todo muy bien.

Le pusieron el traje contra su voluntad y le dijeron que si no se revolvió sería mejor para todos, sería un héroe. No era más que una mentira, pero no tenía escapatoria. ¿Por qué coño habría querido ver el puto lanzamiento en directo? Ya ni lo recordaba. Dios, qué idiota era.

Davis se sentó sobre los restos humeantes de Falkner, (habían limpiado la zona, pero no importaba, todavía había restos humanos allí) y nadie hacía caso a sus improperios y amenazas. Los altos rangos daban órdenes a sus soldados, éstos las acataban y un científico viejo, de pelo gris, desaliñado y con nariz de patata le miraba con una sonrisa paternal.

—Este es un día que pasará a la historia, debe hacerlo bien.

Davis le miró como si estuviera absolutamente loco. Le habría dado un puñetazo si no hubiera tenido a dos soldados agarrándole de los brazos con fuerza.

—¿Qué historia ni qué pollas? Me van a matar, cabrones.

El científico se acercó a él y susurró:

—Tiene una ligera posibilidad de salir vivo y ser un héroe nacional. Será mejor que no la joda y me escuche atentamente.

Davis escuchó a regañadientes las instrucciones de aquel científico mientras se cagaba en sus ancestros. En aquel momento no sabía quién era, pero luego vio su foto en los periódicos: Hans Strondheim, genial físico alemán diseñador de la máquina del tiempo. Un hijo de puta que casi le jode la vida, ese era para Davis.

Las instrucciones le sonaban a chino, pero aun así recordó lo suficiente la secuencia de botones como para no hacer explotar su nave antes de que el agujero de gusano se lo tragara.

—Botón rojo, palanca derecha, botón negro dos veces, palanca izquierda, botón amarillo —se repetía Davis una y otra vez.

Era su particular rezo, Dios no vendría en ese momento para salvarle el culo, así que su única salvación era su estúpido cerebro, que no había logrado que se graduase del instituto. Davis se ajustó el casco y mientras alguien hacía la cuenta atrás y nombraba datos científicos, él tenía la vista fija en aquel agujero. Una negrura infinita, como si estuviera mirando a través de la mirilla y la luz estuviera apagada. Había que estar mal de la cabeza para querer

entrar ahí, pero el ser humano era imbécil por naturaleza, claro.

Davis, que sudaba como un cerdo y que tenía la sensación de que se iba a mear encima de un momento a otro, cerró los ojos e inició su secuencia:

—Botón rojo, palanca derecha, botón negro dos veces, palanca izquierda, botón amarillo.

Un gran estruendo casi le taladró los tímpanos y todo pareció moverse hacia delante, pero era él quien se movía realmente. La nave se introducía lentamente en el agujero de gusano y le sorprendió que, aunque por fuera pareciera negro, en realidad era una sucesión de colores brillantes. Cerró los ojos con la esperanza de que eso le impidiera que se le reventaran por la presión y sintió una fuerza succionadora que arrastraba la nave.

—Ya hemos llegado—anunció Frost y se bajó del coche para ayudarlo a salir.

El anciano salió lentamente del coche y rechazó la mano de ayuda. Para su sorpresa no estaban delante de ningún edificio gris, sino de una casa estilo colonial de color blanco.

—¿Me has traído a la puta Casa Blanca? —bromeó Davis.

Frost negó con la cabeza y dijo:

—Esta es la sede de *Redmond Inc.* Si quiere acompañarme.

Davis miró a su alrededor. La casa estaba en medio de la nada, tenía el césped arreglado y no había vecinos en kilómetros a la redonda. Era un buen lugar para matarlo ya que no tendría hacia dónde huir. Escupió al suelo, se desabrochó la chaqueta e indicó con la cabeza a Frost que

caminara. Éste tenía que rebajar su ritmo para que Davis lo alcanzara.

—¿Vas a decirme para qué coño me habéis traído hasta aquí? No me gusta la gente que va de misteriosa.

—Usted es el menos indicado para decir eso. Sabemos lo que sucedió durante el apagón así que ¿por qué no me sigue y terminamos con esto?

—Mira, hijo, ¿quieres parar de tocarme los huevos? Si sois una especie de secta y queréis matarme hacedlo ya porque escucharte hablar es una auténtica tortura.

Frost negó con la cabeza y abrió la puerta de la mansión. Hasta Davis, que hacía años que había optado por una ducha mensual, se echó hacia atrás por el olor.

—¿Qué coño tienes ahí dentro?

Davis empezaba a ponerse nervioso, al principio todo le parecía una gran broma, pero empezaba a sentirse como el día del lanzamiento. Atado de pies y manos y directo al infierno sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—Usted la conoce. Y a mí también, claro. Solo que fue hace tantos años que no me ha reconocido —explicó Frost.

La puerta estaba abierta y Davis estuvo realmente tentado de salir corriendo. Podía ser un paleta idiota, pero no un cagado. El viejo entró en la casa y lo primero que vio fue un gran salón, decorado elegantemente. Las paredes estaban pintadas de blanco inmaculado y de ellas colgaban cuadros de épocas pretéritas que le daban un toque elegante. Todas las ventanas estaban cerradas y unas cortinas blancas las tapaban para impedir que entrase la mínima luz del sol.

En el centro de la estancia había una gran mesa imperial decorada con un mantel blanco cosido, con sillas a su

alrededor, en las que había sentado tan solo un comensal. Una mujer vestida con un elegante vestido blanco y un grueso velo que le tapaba el rostro le observaba desde la otra punta de la mesa.

—Ya ha llegado, querida —dijo Frost con voz amable.

Davis arqueó una ceja y miró a su anfitrión. ¿Querida? La situación se volvía más rara por momentos.

—Por favor, dile al señor Davis que se acerque. Yo estoy demasiado cansada para moverme —dijo una voz dulce de anciana bajo el velo.

Frost agarró del brazo a Davis, quien intentó protestar, y lo acercó a donde estaba la mujer del velo. Intentó vislumbrar su rostro, pero era casi imposible discernir nada, tan solo pudo ver unos grandes ojos azules que le miraban con curiosidad.

—¿Me vais a explicar qué está pasando? —dijo el antiguo astronauta intentando sonar duro para ocultar el temor que sentía.

La mujer le acarició el rostro y dijo:

—Está muy mayor, señor Davis.

Davis le apartó las manos con repulsión, unas manos de anciana, y gruñó:

—Claro que estoy viejo, tengo setenta años. ¿De qué va todo esto?

—De lo que tiene en el pecho, claro. Es usted un viajero en el tiempo, el único viajero en el tiempo en la historia de la humanidad —respondió la mujer en tono meloso.

—Le dije que sabíamos lo que pasó durante el apagón, señor Davis. ¿Por qué no se porta como un hombre y admite la verdad? —le recriminó Frost.

Davis miró totalmente horrorizado a las dos personas

y se tocó el pecho instintivamente. ¿Cómo podían saber eso? Por encima del pulmón izquierdo, cerca del corazón, lucía una extraña cicatriz azul que sufrió durante el viaje. Ningún médico de cuantos lo habían visitado posteriormente entendía qué clase de herida había sufrido para tener una cicatriz de tal coloración. Solo él mismo sabía cómo se la había hecho y, aunque desconocía exactamente su origen, sabía qué representaba.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Davis alejándose de ellos y acercándose más a la puerta.

—No se puede engañar más a sí mismo, señor Davis —dijo la mujer y se levantó el velo que cubría su rostro.

Davis casi se cae de la impresión y tuvo que sujetarse a la mesa. Era imposible que fuera ella, pero estaba ahí delante. La dio por muerta, dio por hecho que no la vería nunca más. Bajo el velo, el rostro que le observaba parecía salido de la pesadilla de un pintor gótico. Los dos grandes ojos que le observaban por encima del velo tenían otra pareja de ojos gemelos más pequeños y juveniles que parpadeaban sin cesar. El rostro de la mujer parecía el de una anciana, pero un ligero bulto sobresalía de su nariz, formando otra nariz más pequeña que crecía hasta salirsele de la cara. En su mejilla derecha, al lado de su boca, otra boca más pequeña llena de dientes diminutos, le sonreía con candor.

Él conocía ese rostro monstruoso, lo había creado durante su particular viaje en el tiempo y ahora había vuelto tras él. ¿Por qué coño no se quedó en casa? ¿O por qué no se pegó un tiro en la cabeza cuando volvió del viaje?

—Veo que me reconoce —dijo la mujer hablando desde su boca adulta—. Para usted han sido unos cuarenta años

más o menos. Para mí, cincuenta. Es curioso cómo se estima el tiempo según la persona, hay unas cuantas teorías interesantes al respecto. Pero a usted le da igual, nunca tuvo esas inquietudes ¿verdad?

—Madeleine...

Davis mencionó el nombre de la mujer como si estuviera invocando a una antigua deidad. Se había quedado sin fuerzas y le invadieron las náuseas, no por la deformidad del rostro de la anciana; sino por el recuerdo de todo lo sucedido. Cayó de rodillas, casi desmayándose y Frost lo agarró del brazo antes de que llegara el suelo. Los recuerdos se le agolparon en la cabeza y la cicatriz le dolió más que nunca.

La nave era arrastrada por el agujero de gusano y Davis sentía cómo sus dientes bailaban, intentando liberarse de ese cuerpo que en unos instantes no sería más que polvo. Repetía su mantra; y agarraba los mandos de la nave, esperando que cuando llegara el fin no doliera demasiado. Abrió los ojos y vio nubes gaseosas de todos los colores formándose alrededor de la nave mientras un gran agujero negro le esperaba al fondo. Davis no sabía que iba a suceder, pero la visión de esa enormidad oscura al final de su viaje le hizo despertar y recordar su amor por la vida. Por la suya propia, al menos.

Viró los mandos a la izquierda, en dirección hacia una de las nubes gaseosas y repitió los mismos movimientos que hizo cuando tuvo que despegar: botón rojo, palanca derecha, botón negro dos veces, palanca izquierda, botón amarillo.

Se introdujo en una de las nubes gaseosas con los ojos abiertos —si iba a morir tenía que saber cómo— y, de repente, la cabina estalló, entraron miles de cristales y empezó a asfixiarse. Sabía qué venía después: sus órganos reventados y él explotando hasta convertirse en una mancha sangrienta sobre el asiento. Pero no sucedió nada de eso, un poco de la nube gaseosa le golpeó el pecho y le atravesó limpiamente como si se tratara de un cuchillo, aunque Davis no sintió dolor alguno. Se miró el pecho esperando ver un agujero horrible, pero no había nada, tan solo una pequeña marca azul y cuando abrió los ojos se encontró en medio de un solar. No estaba en la Estación Espacial ni tampoco en ningún lugar que conociera. ¿Había muerto y esa era la idea retorcida que Dios tenía del cielo? ¿O quizás estaba en el infierno?

Salió de la nave, que había quedado encallada entre unos arbustos, y le sorprendió poder respirar con normalidad. Se pasó la mano por el pecho y se abrió el traje de cosmonauta. Si fuera a morir por asfixia ya habría sucedido. Se levantó la camiseta y comprobó que tenía una cicatriz azul en forma de rayo en el pecho. La tocó y su tacto caliente le sorprendió. No sabía dónde estaba, ni siquiera sabía si estaba en su país o en su propio tiempo. Quizás sí que había viajado cinco minutos al pasado, pero había aparecido en otro lugar. Intentó, sin éxito, tapar la nave con arbustos y empezó a caminar sin rumbo. Puede que la vida le hubiera dado otra oportunidad y todo eso del viaje en el tiempo no hubiera sido más que una pesadilla. Caminó hasta un pequeño acantilado y vio que no muy lejos de allí había un núcleo urbano, una ciudad pequeña posiblemente. Lanzó una mirada de soslayo hacia la nave espacial

—que todavía podía verse desde su posición, medio oculta entre los arbustos— y se acordó de la película *El Planeta de los Simios*. Quizás fuera el único humano inteligente de todo el planeta, eso sí que sería una buena broma.

Davis estuvo caminando durante casi una hora, entre los bosques, pero sin perder de vista la ciudad, que se agrandaba por momentos. Hacía un calor asfixiante y se había quitado la camiseta, atándosela por encima de la cabeza como su padre le había enseñado. Al menos no sufriría una insolación. En su mano derecha cargaba con una piedra, ya que no se fiaba de lo que se podía encontrar. Y en el bolsillo opuesto llevaba algunas piedras más pequeñas, en caso de que la más grande fallara.

Un ruido de voces le desperezó y Davis se escondió tras unos árboles para observar mejor. Eran un chico y una chica, apenas dos adolescentes, vestidos con camisetas amarillas idénticas, pantalones cortos caqui y zapatillas de montaña. La chica tenía el pelo rubio, los ojos azules almendrados y tenía una nariz que podría considerarse muy mona. El chico era bastante más alto que ella, tenía los ojos y el pelo oscuros, una boca grande y una nariz aplastada como la de un boxeador. Ambos cargaban con mochilas y parecían dos excursionistas inofensivos. Davis dejó la piedra grande oculta tras unos hierbajos y salió de entre los árboles con los brazos en alto.

—¡Eh, disculpad! Me he perdido, ¿podéis ayudarme?

Los dos jóvenes se asustaron al ver aparecer en medio de la nada a ese hombre sin camiseta. El chico colocó un brazo protector delante de la chica y miró suspicaz a Davis.

—¿Que quiere? —preguntó, intentando parecer amenazante, aunque su voz sonó como un gallo asmático.

Davis reprimió sus ganas de reírse, amenazado por un niñoato con voz de pito, e improvisó lo mejor que pudo.

—Os sonará raro, pero he sufrido un accidente y me he perdido. ¿Podrías decirme dónde estoy?

El chico miró a su amiga y ella asintió con la cabeza.

—Esto es el Cañón de Malibú en California. ¿De dónde es usted?

Davis reflexionó, no estaba muy lejos de casa. Quizás hubiera viajado en el espacio, pero no en el tiempo, igualmente sería un gran hallazgo. Aun así, no sabía cómo volver a la estación desde allí, necesitaría un coche o un avión. Suspiró y contestó:

—Chicos, puede que no os lo creáis, pero soy un miembro del proyecto *Opendoor*. Hemos efectuado el lanzamiento y algo ha salido mal, necesitaría que me ayudarais a volver a Cabo Kennedy...

Los dos jóvenes se empezaron a reír ante el gesto de incredulidad de Davis.

—¿De qué os reís, niños? —gruñó.

Puede que no fuera un astrofísico ni un astronauta de verdad, pero sí que era un héroe especial y no iba a permitir que se rieran de él.

—Vuelve a la luna, chalado. El Proyecto *Opendoor* todavía está buscando los fondos para poder financiarse tras la debacle de los simios, ¿y tú dices que has participado en el lanzamiento? Como no vengas del futuro —respondió el chico y volvió a reírse.

El hombre retrocedió y sintió como unas náuseas le subían por la garganta. La debacle de los simios hacía referencia, sin duda, a los monos que volvieron carbonizados del tercer viaje, ¡de eso hacía más de diez años! Apoyó sus

manos sobre las rodillas mientras los chicos le miraban preocupados y pronto la angustia desapareció. Davis sentía una extraña sensación de triunfo. Él, un granjero de Arkansas, había logrado ser el primer viajero en el tiempo de la historia de la humanidad. El problema era que no podía volver a su tiempo y no estaba seguro de qué podría suceder si explicaba su historia. Puede que quisieran hacerle pruebas y experimentaran con él como si fuera un sucio chimpancé. Miró a los dos chicos que le miraban perplejos y decidió irse sin más.

Volvería a la nave e intentaría repetir la secuencia, sería imposible regresar sin los agujeros de gusano ni el acelerador de partículas, pero también parecía imposible que sobreviviera y allí estaba. Empezó a caminar cuando vio por el rabllo del ojo cómo la chica se acercaba temerosa, pese a las reticencias del muchacho.

—Oye, ¿es cierto eso que nos has contado? —preguntó con voz dulce.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Davis de malos modos, pero aprovechando para echar un vistazo a las piernas de la joven.

—Madeleine —respondió ella bajando la vista.

—Madeleine, yo me llamo Theodore Davis y soy un viajero en el tiempo.

Cogió la mano de la muchacha que se estremeció y Davis sonrió al ver la expresión de enfado en el rostro de su amiguito. Colocó la mano de Madeleine sobre su pecho, justo encima de la cicatriz y continuó.

—Esta es la prueba, una cicatriz sufrida en un agujero de gusano.

Davis sonrió, pero ella le miraba con los ojos abiertos

de puro terror y empezó a gritar como un cerdo en el matadero. Su amigo empezó a correr hacia ellos y Davis vio qué era lo que hacía chillar a Madeleine. Su mano se había quedado enganchada a la cicatriz y no podía separarla pese a sus continuos esfuerzos. La marca en su pecho brillaba como una lámpara LED y Davis entró en pánico.

—¡Apártate, puta! —aulló Davis agarrando la muñeca de la joven con las dos manos e intentando apartarla, pero no se movió un ápice.

La cicatriz brillaba más y más y Davis temía que su pecho fuera a reventar de un momento a otro.

—¡La vas a matar! —gritó el amigo de Madeleine y dio un fuerte puñetazo en el rostro de Davis.

Davis cayó hacia atrás con fuerza y Madeleine pudo separarse de él. Maldijo al chico y al dolor en el pecho que no dejaba de aumentar. Echó un vistazo a la cicatriz y vio que seguía brillando y la luz azulada empezaba a rodearle el cuerpo. Se incorporó con las manos apoyadas sobre la tierra mientras pensaba en una solución cuando un grito de horror le hizo levantar la mirada.

Madeleine, que había logrado sacar su mano del pecho de Davis, berreaba como una descosida ante la mirada aterrorizada y llorosa de su novio. La misma luz azulada que rodeaba a Davis estaba abrazando a Madeleine y de ella surgían pequeños rostros y manos en miniatura. Davis se fijó mejor y se dio cuenta que esas extrañas caras eran idénticas a Madeleine, pero con ligeras variaciones. Era como ver la evolución de una persona a cámara rápida intentando introducirse en el cuerpo de la joven.

—¡Ayúdame! —gritó Madeleine desesperada.

El cuerpo de la joven se retorció de dolor y empezó a

formarse otra nariz en su mejilla y otro par de ojos pugnaban por salir debajo de los otros.

Davis apartó asqueado la mirada y, con las pocas fuerzas que le quedaban, corrió como alma que lleva el diablo en busca de su nave. No miró atrás e hizo caso omiso a los gritos de la muchacha, él tenía que salvar el pellejo, no le iba a pasar lo mismo. Solo tenía una oportunidad y no sabía si sería posible, pero tenía que intentarlo.

Corrió durante largo rato, sin saber cómo las fuerzas no le flaqueaban mientras su cuerpo ardía. Llegó al claro donde había aterrizado y apartó los arbustos que ocultaban más mal que bien su transporte. El pecho le subía y le bajaba por el esfuerzo y sentía una imperiosa necesidad de vomitar, pero su instinto de supervivencia fue más fuerte y se sentó en su asiento. La luz le rodeaba y Davis sentía que de un momento a otro iba a desaparecer. No necesitaba ser un genio para saber que su final iba a llegar si no se daba prisa.

—Vamos, hija de puta —musitó entre dientes. —Botón rojo, palanca derecha, botón negro dos veces, palanca izquierda, botón amarillo.

Frost tiró del cuerpo de Davis hacia arriba como si fuera un muñeco de trapo y sus narices quedaron frente a frente. El calvo miró al anciano con repugnancia y lo agarró fuerte del brazo para que no se cayera mientras Davis lucía una mirada confundida.

—Así que tú eras el novio de Madeleine... Lo tuyo sí que es devoción, muchacho —dijo Davis intentando sonreír—. Bueno, ¿cuándo me vais a matar? —Frost negó con

la cabeza y Davis le miró primero a él y luego a Madeleine confundido—. ¿No queréis venganza? Entonces me estáis haciendo perder el tiempo, monstruitos.

Madeleine se levantó muy despacio de la silla y gimió de dolor cuando su espalda se puso recta. Hizo un gesto a Frost para que soltara a Davis y dijo:

—Llevo años esperando este momento. Ha sido muy difícil localizarte, siempre tan protegido durante todos estos años. Eras inaccesible, pero ahora, en tu vejez, te has vuelto descuidado y eso nos beneficia. Necesitamos tu ayuda.

—Yo no puedo ayudar a nadie, Madeleine, y tampoco quiero ayudaros a vosotros. Si queréis matarme podéis intentarl...

—Te buscamos —repuso Madeleine con voz muy dulce—, y mentiría si dijera que no pensamos en matarte cuando todavía no eras el conserje de la Estación Espacial. Pero no fuimos capaces de arrebatar una vida que entonces era inocente todavía. Nuestra única opción era proveer de fondos al proyecto *Opendoor* a través de la Fundación Redmond y lograr así que el proyecto no fracasara. La máquina del tiempo no nos sirve a nosotros, pero tú sí. La máquina no ha funcionado jamás, ¿sabes por qué? Porque tú eres el viajero, esa cicatriz en tu pecho fue la que te hizo viajar diez años atrás en el tiempo y la misma que te hizo volver a tu línea temporal.

Davis se rio.

—Estás chalada. Yo no he podido volver a viajar en el tiempo nunca más. Ni con el acelerador de partículas ni con ninguna otra mierda. Fue un golpe de suerte, supongo.

—Nunca probaste a meter la mano en tu pecho, claro —replicó Madeleine.

— Si piensas que voy a dejar que me salga otra puta cara como a ti estás muy equivocada —dijo Davis mientras señalaba con el dedo a Madeleine, quien sonreía con sus dos extrañas bocas.

—A ti no te pasará nada porque eres la matriz. Viajaremos al pasado, al punto exacto al que llegaste e impediremos que tu otro yo me toque.

—¿Y si no quiero hacerlo? Si hablo con mi yo más joven, ¿no sería una paradoja temporal o una mierda de esas? —gruñó el anciano.

—Ese es tu problema, Davis. Has disfrutado de una vida que no te merecías —le amenazó Frost mientras le agarraba del cuello de la camisa como si fuera un hijo rebelde.

Lo tiró al suelo de forma que se golpeó en la nariz y agarró la mano izquierda de Davis, intentando forzarlo a que la metiera en su cicatriz.

—Hijos de puta, ¡estáis como cabras!

Davis intentaba resistirse, pero no se podía liberar, su mano había entrado en su cicatriz como en una herida abierta y el dolor empezaba a expandirse por todo el cuerpo. Hacía muchos años que no había tocado su marca. Habría quien pudiese acusarle de ser un hombre sin imaginación, pero eso le había permitido vivir muchos años.

Una luz azul, que no veía desde hacía muchos años, empezó a fluir de su pecho y lo rodeó como una amante cariñosa. Frost lo soltó embelesado al ver el brillo y Madeleine lloró de felicidad.

—Al fin, después de tantos años, Jeremy.

Davis se incorporó y miró a los dos estúpidos emocionados por ser los causantes de su muerte. Cabrones. Tenían suerte de que fuese un viejo débil, si no les daría una buena patada en sus culos enfermizos. Miró su pecho, vio que la luz empezaba a oscurecerse y se volvía más negra. No recordaba que eso hubiera sucedido jamás.

—Mierda, iputos hippies! —gritó Davis mientras Frost le cogía la mano derecha y Madeleine hacía lo propio con la izquierda.

Flotando, imperturbable la luz —antes azul, ahora negra— les envolvió y la habitación empezó a desaparecer.

—Esto es maravilloso —musitó Madeleine y Frost le sonrió con cariño.

La luz negra devoró todo: la habitación, la casa, el aire. Tan solo quedaron ellos tres, flotando en una negrura infinita, rodeados de nubes violetas que formaban ondas. Davis no se había sentido jamás tan insignificante como en aquella extraña confluencia. ¿Cómo podía crear su cuerpo todo eso? ¿Era debido al accidente del día del lanzamiento o se trataba de otra cosa? ¿Había sido capaz de poder viajar en el tiempo por sí mismo y no lo había aprovechado jamás?

Davis, Frost y Madeleine observaban maravillados todo lo que sucedía a su alrededor, respirando gracias a la luz negra que surgía del pecho de Davis, mientras infinitos agujeros diminutos surgían y desaparecían en cuestión de segundos.

—Debemos encontrar la línea temporal que necesitamos —dijo Madeleine a Frost.

—Pronto, esta pesadilla no habrá existido jamás —respondió Frost sonriendo con afecto a la mujer.

Davis ignoró las muestras de amor de esos infelices y algo llamó su atención. De uno de los agujeros situados más a su izquierda había surgido una especie de objeto blanco que se acercaba a ellos a gran velocidad. Davis comprendió y se mordió la lengua para no advertir a sus compañeros de viaje antes de que fuera demasiado tarde.

El objeto se hacía cada vez más y más grande mientras viajaba de agujero en agujero hacia ellos. Era la *Opendoor 1*, tenía la cabina reventada y Davis pudo ver a su yo joven con los ojos cerrados y los dientes apretados. El anciano sonrió para sí, de joven era un cabronazo bien guapo.

Miró a Madeleine y notó como su diminuta mano apenas le apretaba y tan solo se apoyaba sobre su mano. Davis no se lo pensó ni un segundo y soltó la mano de la mujer sin remordimientos. Madeleine abrió los ojos con sorpresa y gritó mientras caía hacia la inmensidad, pero todavía tenía agarrada la mano de Frost quien, a su vez, aún sujetaba a Davis. Éste sonrió a Frost y le dijo:

—Solo soy un conserje, pero he aprendido algo en estos años. El pasado no se puede cambiar, disfrutad del viaje.

Davis arañó la mano del hombre, quien cayó junto a Madeleine y no tardaron en ser absorbidos por uno de los pequeños agujeros que no dejaban de surgir. El viejo se permitió el lujo de esperar a ver cómo sus dos anfitriones desaparecían en la inmensidad esperó a recibir el impacto. El *Opendoor 1* se acercaba cada vez más y lo que al Davis de la nave le parecieron segundos, al Davis anciano le parecieron horas. Era curioso cómo funcionaba el tiempo allí, pero realmente no le importaba demasiado. Lo único que sabía era que estaba claro porqué fue él y no

Faulkner quien sobrevivió al vuelo.

La nave se acercó a él y Davis saltó sobre su morro como si la nave no fuera más rápida que una tortuga. La nave iba rápida, pero a la vez iba despacio, tan despacio que ni se movía. Se asomó a la cabina con gran esfuerzo y vio a su yo juvenil todavía con los ojos cerrados y los dientes apretados. Su instinto le dijo lo que tenía que hacer. Volvió a meter la mano en su pecho y esta vez dolió más. Dolió tanto que Davis empezó a toser sangre y uno de los pocos dientes que le quedaban se le cayó y se perdió en la inmensidad. Logró sacar la mano con gran dificultad y, haciendo de tripas corazón, con las pocas fuerzas que le quedaban, golpeó el pecho del Davis joven. A duras penas logró causarle un arañazo, pero pudo ver cómo la marca que quedaba en el pecho de su yo joven tomaba un extraño color azul.

Davis sonrió con la satisfacción del trabajo bien hecho y se soltó de la nave mientras la luz azul que le rodeaba iba desapareciendo poco a poco. Cerró los ojos y sintió una corriente fría que le rodeaba, quizás era la muerte que venía a buscarlo. La evitó una vez, pero ahora ya no tenía escapatoria.

No era un hombre religioso. Ni siquiera un hombre bueno. Pero todos rezan en el último momento de su viaje.

—Botón rojo, palanca derecha, botón negro dos veces, palanca izquierda, botón amarillo.

INTER NÁUFRAGO

Sergio Santana Sáez

Si bien la ciencia ficción se interesó casi desde sus orígenes por los viajes en el tiempo, incluso antes comenzó a imaginar a viajeros del cosmos recorriendo incansablemente distancias siderales. Con razas extraterrestres incluidas, existe todo un subgénero, la space opera, dedicado a estas imposibles aventuras espaciales.

Sergio Santana Sáez es un joven escritor aficionado a los géneros fantástico, sobrenatural y de espada y brujería. El elfo de Wellindor (2018) es su primera novela y en 2020 ha publicado El Imperio Tronin. En cuanto a la ciencia ficción, ha escrito obras de menor extensión, como La historia oculta del Mesozoico. Hemos querido que estuviese presente en esta antología como ejemplo de que en las nuevas generaciones aún hay autores que entienden la ciencia ficción de una manera clásica, rindiendo homenaje a la entrañable y siempre viva space opera.

En Inter náufrago (relato que ve la luz aquí por vez primera), un particular trio de hermanos procedente de Próxima Centauri queda varado e incomunicado dentro de su nave en un sector desconocido del universo...

Una nave abandonó la ciudad de Tenebris y, después, la rocosa superficie de aquel planeta conocido como Erebo. La mitad del planeta estaba siempre iluminada por su estrella, Próxima Centauri, mientras que el otro hemisferio se hundía en una oscuridad eterna. La mayoría de las ciudades se encontraba en la región de oscuridad o en sectores intermedios.

La nave, más pequeña que las de guerra o los grandes buques comerciales, pero lo suficientemente grande como para ser utilizada como nave de cargamento, dejó atrás el planeta dos siglos atrás conocido como Próxima Centauri B, para adentrarse en la oscuridad sideral del espacio.

Estaba tripulada por tres erebitas y un perro. Los tres, hermanos nacidos en la región oscura del planeta, llevaban años ganándose la vida con el transporte de mercancías desde Erebo hasta Marte. Estaban acostumbrados a vivir en la oscuridad, por lo que la vida en una nave no les resultaba muy diferente que en la superficie. Zela, la hermana menor, era la piloto oficial y se encontraba a los mandos de la nave, aunque los tres sabían pilotar. Alea, la mayor, y Jeros eran quienes se encargaban del mantenimiento y de que las mercancías estuviesen siempre a buen recaudo. Al perro Cerbus, parecido a un pastor alemán, lo llamaban «el psicólogo de a bordo» por lo bien que se le daba escuchar.

En ese momento los cuatro estaban en la cabina, ubicada en la parte delantera de la nave de forma cilíndrica y aspecto lobulado. Tardarían una semana en salir del sistema triple Alfa Centauri y encontrarse con Fenestram, la nave aduanera que controlaba el paso entre Alfa Centauri y los demás sistemas colonizados, los encargados de abrir y cerrar el Bifrost. El Bifrost era un agujero de gusano que permitía viajar a otro sector colonizado ignorando las abismales distancias del cosmos. Fue bautizado así en honor al puente del arcoíris, que usaban los Ases nórdicos para desplazarse entre los diferentes mundos.

Alea bostezó, se estiro en su asiento perezosamente y volvió a dirigir sus ojos violetas al monitor. Tenía el pelo negro recortado hasta la altura del cuello, igual que su hermana, por si necesitase ponerse el traje espacial. Jeros se limpió las gafas y anunció unas mejoras que le había hecho al motor, lo cual cabreó a sus hermanas, temerosas de que un día hiciera explotar la nave.

—Soy mecánico, deberíais saber que la nave está en buenas manos —dijo el erebita de cabello corto y sin barba.

—Deberías habernos consultado primero —respondió Zela.

—Exacto —dijo la otra. Se oyó un ladrido—. Hasta Cerbus quiere elegir lo que se le hace a la nave, ¿verdad, pequeño? —Se puso a acariciar a Cerbus ignorando a su hermano.

—Decid lo que queráis, pero la velocidad es importante si nos topamos con piratas.

—No hay piratas en esta zona.

Alea dejó de jugar con Cerbus. De regreso a su panta-

lla, vio en el radar que una nave de similar tamaño se aproximaba.

—¿De qué se trata, hermana? —preguntó Zela.

—Es un modelo viejo, diría que son los Lelatas. Me parece que, como nos fuimos sin decir adiós, han venido a despedirse de nosotros.

—Probablemente traigan delicioso Lekzu guisado. Déjame el comunicador.

—Delicioso y una mierda, es asqueroso. Además, si no les hemos visitado es porque son unos pesados —protestó Zela.

—Pues no ha habido suerte esta vez —rio el hermano.

—Eso está por verse, agarraos. —Zela apretó unos botones y la nave tembló de forma violenta.

Todo se curvó a su alrededor mientras dejaban atrás planetas y estrellas. La nave seguía vibrando, impidiéndoles moverse de sus asientos. Alea estaba agarrada a Cerbus, por suerte para él, que si no hubiese dado vueltas a toda velocidad por la cabina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alea.

—Se ha abierto un agujero de gusano —respondió la hermana.

—¿Es este el aumento de velocidad del que tanto presumías?

—Imposible, el lumcador es una válvula que aumenta la velocidad, pero no puede provocar algo así.

—Tranquilos, la Estela Oscura aguantará —dijo la piloto refiriéndose a la nave.

—Siento ser aguafiestas, pero una nave como esta no está diseñada para neutralizar la radiación de Hawkings y mantenerse estable.

—La suerte, entonces, es que no hayamos volado en mil pedazos o creado un agujero negro, aunque nada garantiza que no vayamos a entrar en uno.

—Alea, así no ayudas —dijo Zela algo asustada.

Pasada media hora en el túnel esférico, la nave dejó de temblar y ya no se veían luces girando a su alrededor, habían salido del agujero de gusano. Las luces de la nave comenzaron a parpadear hasta que Zela decidió utilizar la energía de emergencia. Alea comprobó los sistemas de la nave. Por suerte para ellos los sistemas vitales funcionaban correctamente, no se quedarían sin oxígeno. Los motores, sin embargo, estaban dañados y vació el generador de energía principal.

Los brazos de Zela temblaban mientras sujetaba los mandos. Cerbus se acercó a lamerle la cara, relajándola y haciéndole recuperar la compostura. Entonces Alea sugirió aprovechar el campo de asteroides que tenían delante y aterrizar sobre uno para intentar reparar la nave. Puesto que la distancia entre los asteroides era de cientos o miles de kilómetros el riesgo de colisión era mínimo.

—Mierda, ¿quién te manda añadirle cosas a la nave? —dijo Zela al aterrizar—. Si tuvieses tus manos quietas esto no habría pasado.

—No es culpa mía, el lumcador 68XJ no tiene la función de abrir un agujero de gusano.

—¿Ah no?, ¿cómo explicas esto, entonces?

—¿Has dicho 68XJ? —preguntó Alea—. Mierda.

—¿Qué ocurre? —preguntaron ambos acoro.

—Quería gastarte una broma y... hace tres días cambié lo que había en esa caja, puse otro objeto, no recuerdo qué era. —Salieron de la cabina y fueron a la sala del motor.

Había varias cajas por el suelo. Alea señaló una tan grande que hubiese necesitado los dos brazos para cogerla. Jeros se arrodillo y examinó la etiqueta de la nave para luego quedarse horrorizado.

—¿Qué es? —preguntó Zela.

—Oh vacío sideral, ¿qué has hecho? Era un prototipo de generador de bifrost modelo experimental que me habían dejado para examinarlo. Me dijeron claramente que no lo utilizara sin supervisión.

—Joder Alea, siempre igual. Tu broma nos ha salido cara, ahora estamos aquí tirados en mitad de la nada con una nave rota.

—¿Y tú qué? En cuanto viste a los Lelatas te volviste loca e hiciste que la nave exprimiera los motores.

Los tres hermanos estaban a punto de ponerse a gritar, pero Cerbus se puso entre ellos y sus ladridos resonaron en toda la nave dejándoles sin habla. El perro gruñía y mientras duraba ese breve silencio los tres respiraron hondo. Zela se inclinó para acariciar a Cerbus, aquel perro sabía cómo tratar con ellos para evitar las peleas.

—Como siempre, Cerbus tiene razón. Debemos centrarnos en comprobar el estado de la nave y buscar la manera de salir de aquí.

Aprovechando la energía de emergencia Alea estudiaba en su ordenador el mapa galáctico en busca de su posición, Zela revisaba los sistemas a través de otro ordenador mientras Jeros estudiaba el estado de los motores. Zela descubrió que la falta de energía no era por ningún daño en las baterías, simplemente no había energía, el salto por el agujero de gusano los había drenado. Exten-

dió las placas solares y no fue hasta entonces que se percató de que la estrella que tenían delante era de color blanco azulado y más grande que el Sol y las estrellas de Alfa Centauri. Se quedó maravillada mirando a través del cristal cuando su hermano entro en la cabina.

—Podré hacer unos apaños al motor, pero iremos más lentos que de costumbre, además de no poder hacer viajes interestelares.

—Entonces, solo nos queda enviar una señal de socorro —resopló Zela—. ¿Dónde estamos?

—No lo sé, no detecto ninguna señal —respondió Alea—. Pero debemos estar cerca pues estuvimos solo media hora en ese agujero.

—Cerca o lejos, podríamos estar incluso en la otra punta de la vía Láctea —dijo Jeros.

—No es posible. Desde Alfa Centauri hasta el sistema solar se tarda un día.

—Eso es porque las naves aduanas pueden controlar no solo dónde irás sino también el tiempo. Tienen establecido un día ya que de hacerlo en menos el agujero sería inestable. En condiciones no controladas el puente de Einstein-Rosen es peligroso porque el tiempo funciona de forma diferente y te puede llevar a cualquier sitio del universo. Incluso a otros universos, se rumorea.

—No podemos salir del sistema ni sabemos dónde estamos. Una señal de socorro en el mejor de los casos tardaría muchos años en ser recibida. No tenemos muchas opciones —dijo Alea.

—De momento me centraré en reparar lo que pueda del motor.

—Sí, mejor vayamos paso por paso. Alea ponte un traje

y ayúdame a desplegar las placas solares, debemos distribuir las en varios rincones de este asteroide para que siempre haya al menos una apuntando a la estrella.

Cada uno se centró en su labor y el tiempo fue pasando. El asteroide no era muy grande, se podía dar una vuelta alrededor de su superficie en unas pocas horas. Además, descubrieron que el asteroide rotaba muy lentamente, por lo que continuaron utilizando el sistema horario de su planeta. Una vez desplegadas las placas solares, Zela racionó la comida y la bebida lo máximo que pudo, lo que les permitiría aguantar medio año.

Prepararon algo de cenar con las raciones y se sentaron a una pequeña mesa redonda con Cerbus comiendo al lado. La cocina de la nave era pequeña como en la mayoría de las naves civiles, había espacio suficiente para una nevera, un mármol que desplegaba fogones y la mesa para comer que, a su vez, usaban para múltiples actividades. Una vez terminada la cena cada uno fue a su respectivo camarote a descansar de aquel extenuante y horrible día.

—He estado meditando y hay una forma de localizar nuestra posición y enviar un mensaje —dijo Jeros mientras desayunaban, interrumpiendo las protestas de Alea pues no volverían a comer hasta la hora de cenar—. Con algo de energía podemos abrir un pequeño agujero de gusano, lo justo para que pase la luz.

—¿Pretendes imitar los sistemas de comunicaciones interestelares? —preguntó Zela.

—Así es, las antenas de cualquier planeta habitado o de cualquier nave podrían detectar el mensaje.

—Y la respuesta de estos nos permitiría triangular nuestra posición —terminó Alea—. Genial, pero luego deberíamos tener el agujero abierto para que sigan nuestra ubicación cuando nos rescaten.

—Sí, para eso utilizaremos las placas solares, le darán energía constante.

—De momento esperemos a que se recarguen las baterías de la nave. Puede que más adelante las necesitemos —interrumpió Zela—. Teniendo en cuenta el estado en que han quedado, tendremos que posponer eso hasta mañana.

—Pues si lo que queremos es usar la menor energía posible, tenemos que olvidarnos de ordenadores excepto los de la cabina. ¿Saco algún juego de mesa? —preguntó Alea.

—Teniendo en cuenta que no tenemos nada que hacer en todo el día, yo iba a proponer un poco de acción —dijo Jeros.

—Creo que te sigo —sonrió pícaramente Zela y comenzaron a desvestirse bajo la luz de la azul y blanquecina estrella.

Tal como habían acordado comenzaron con la fabricación del pequeño agujero de gusano. Jeros solo no podía ocuparse por lo que estuvieron los tres trasteando entre las piezas de recambio de los motores. En ese momento la cara en la que se encontraban del asteroide estaba dando la espalda a la estrella, pero no fue un inconveniente para ellos, acostumbrados a la oscuridad de su planeta y del espacio.

Tras un arduo trabajo consiguieron construir un pe-

queño tubo cilíndrico conectado a un ordenador portátil, abrieron el portal y enviaron la señal de socorro. Los tres estaban ansiosos esperando una respuesta. Cerbus ladraba y correteaba de un lado a otro de la cabina animando el ambiente. Pasaron varias horas hasta que recibieron una respuesta, mientras Zela miraba el mensaje Alea se ocupaba de comprobar el resultado de la triangulación.

—¡Sirio! Esta estrella es Sirio. No estamos muy lejos de casa. A menos de 13 años luz de Alfa Centauri y a 8,6 del sistema solar.

—Dicen que deben hacer ciertos cálculos y ajustes para abrir un agujero de gusano hasta aquí. Estiman entre tres o cuatro meses para rescatarnos.

—¿Tenemos para aguantar tanto? —dijo Jeros.

—Sí, lo he racionado para seis meses, por lo que nos sobrarán dos meses de comida.

—Entonces podemos comer más —se ilusionó Alea.

—Pero si ya has desayunado.

—Una vez sí, pero ¿y el segundo desayuno?, ¿la comida?, ¿el té de las cinco? Llevamos días saltándonoslo.

—¿En serio? —resopló Zela—. Seguiremos como hasta ahora, que si luego hay una sorpresa más nos vale estar preparados.

—Si te sirve de consuelo yo también quería que volviésemos a comer a mediodía. —Jeros le puso la mano en el hombro a su hermana.

—Oye, ¿qué os parece si mientras dejamos el agujero abierto exploramos este sistema? Quizá descubramos algún planeta.

Cerbus ladró moviendo la cola de un lado a otro y poniéndose a dos patas, los erebitas no ladraron, pero sí son-

rieron mientras se dirigían a la cabina.

—Descubriremos un planeta juntos —dijo Alea con alegría—. ¿Os imagináis que lo bautizan con nuestro apellido? Planeta Branwen.

—A ver qué descubrimos —dijo Jeros sonriendo—. Adelante, Skywalker.

La nave, después de unos días en el asteroide, volvió a despegar. Tal como había dicho Jeros, no tenían la misma velocidad que antes, Zela lo noto mientras pilotaba por el campo de asteroides. Trazaron una ruta que ladearía Sirio y regresarían al asteroide en poco más de un mes.

La estrella era más grande que el sol, por lo que su sistema —intuían— sería mayor. Sin embargo, no descubrieron más que cinco planetas orbitando la estrella, la mayoría eran gaseosos, uno gigante y el resto pequeños. Solo dos planetas eran rocosos, uno de dimensiones superiores a la de Tierra y Erebo. El otro planeta rocoso, el más alejado de la estrella era más pequeño que la Tierra, era un vasto desierto grisáceo de elementos desconocidos —aunque sospechaban que sería hielo—. Llegaron al tercer planeta más alejado de Sirio y lo estudiaron con los escáneres y pese a no tener las condiciones para tener vida compleja tenía mares de metano igual que Titan. Puesto que en el satélite de Saturno había varias ciudades cúpula, marcaron ese planeta como posiblemente colonizable. También marcaron como colonizables a tres satélites de los planetas gaseosos, además del planeta grisáceo. Exploraron los satélites, ese planeta rocoso y, tras recibir una señal extraña, decidieron aterrizar en uno.

Bajaron de la nave todos con su traje espacial, incluido Cerbus, y avanzaron por el ondulado terreno azulado for-

mado principalmente por silicatos rocosos, sin embargo, muchos fragmentos de roca flotaban a unos pocos metros de altura, lo cual les sorprendió pues nunca habían visto que se diesen casos así en otros planetas o satélites. Llegaron al lugar que les indicaba la señal y quedaron aún más perplejos al ver rocas flotando con trozos de algo que parecían muros. Tras observarlos detenidamente llegaron a la conclusión de que en efecto eran muros, en algunos se podía ver la forma de una ventana. Zela descubrió entre esas ruinas extrañas un pequeño artefacto que emitía señales de radio. Los ojos violetas de los tres se cruzaron sin quitarse la estupefacción de la cara.

—¿Sabéis que significa eso? —preguntó Jeros.

—Vida no humana. Hemos encontrado restos de otra civilización —dijo Alea alegre. Entonces todos cayeron en la cuenta de que podrían no estar solos. Miraron a Cerbus, quien tenía un sexto sentido para el peligro, pero este se limitó a inclinar la cabeza mirándolos.

Abandonaron el satélite marcándolo no solo como colonizable sino como con restos de construcciones no humanas halladas.

Tras volver a su asteroide se tranquilizaron al ver que su pequeño agujero seguía abierto y emitiendo señal. Se relajaron tumbados observando Sirio, disfrutando las vistas que ofrecía, era la primera estrella azul al que un humano había accedido, aunque fuese por accidente. Ya solo tenían que esperar.

—Creo que cuando vuelva me quedará un tiempo a terminar mi carrera —dijo Alea.

—También podrías estudiar en los viajes —le recordó Zela.

—Es cierto, pero a veces me pierdo algunos exámenes, eso ha sido lo que me ha impedido terminarla.

—Buscaremos la forma de que puedas compaginarlo, hermana, ya verás cómo es posible —dijo Jeros.

—Gracias. Bueno, aún quedan días, semanas incluso para que vengan a buscarnos, así que ¿jugamos un poco? —dijo Alea con una sonrisa pícaro mientras acariciaba los sexos de los otros dos.

LA PESTE

Blanca Mart

Licenciada en Historia y Antropología por la Universidad Autónoma de Barcelona, Blanca Mart ha sido profesora de Ficción Predictiva en el Instituto Internacional de Prospectiva de Ciudad de México.

Por hacer un resumen de su extensa bibliografía, mencionaremos las novelas de ciencia ficción y fantasía La era de los clones (también editada como A la sombra de Mercurio y como Els Fills de l'Atzar, en su versión catalana), El Espacio Aural, El Manuscrito Florentino, los Cuentos del Archivo Hurus (dos tomos) y Puerto Pirata. Otros de sus libros son Dorian Eternity (tema vampírico), A la sombra del Linaje (fantasía sobrenatural), La Nimiedad (novela psicológica), Lluvia sobre el barman y El vuelo de la gaviota (género policiaco). También escribe poesía y ha publicado biografías, artículos, prólogos, adaptaciones y —sobre todo— relatos en un gran número de antologías y revistas a ambos lados del Atlántico, entre las que cabe destacar Nueva Dimensión y la edición mexicana de Asimov Ciencia Ficción.

En el relato con el cual nos honra, de inspiración épica y ambientación apocalíptica, se pone de manifiesto la preocupación de la autora (y se esboza una solución) en temas como la genética, los conflictos entre pueblos y —por qué no— la ecología.

El guerrero galopó sin descanso después de abandonar las ciudades muertas de la costa. Apenas se detuvo a beber agua de los ríos y a permitir que su caballo recuperara el aliento. Era el «Día de los Bosques Sagrados», pero no había rituales ni celebraciones. Solo unos y otros corrían huyendo y avisando de que la Gran Plaga de las Profecías se había iniciado. Amanecía cuando distinguió el caballo negro de Rawena sobre las colinas. La mujer bárbara le esperaba. Se saludaron desde lejos levantando sus espadas, sacudiendo sus correas; sus cabelleras mezclándose con las crines de las bestias.

Se abrazaron en silencio, casi hundiendo sus cuerpos uno en el otro; asombrados de verse, de sentirse, simplemente de estar entre los que no habían muerto.

—Esto es el fin —murmuró ella—. Estamos condenados, Arios.

El guerrero levantó la mirada hacia el oscuro sol, percibió el rumor metálico que se esparcía en el aire.

—No. No, si huimos a los bosques, si no nos acercamos a las ciudades. Solo está ocurriendo en ellas.

—Toda la costa está muerta, pero quedan las dos grandes poblaciones, la del Este y la del Oeste. Debemos avisarles, o morirán.

—¡Qué revienten! —rugió el hombre—, nunca nos han creído, nos han tratado como a animales...

—Arios, somos humanos y ellos también... Deben salir de las ciudades si aún hay tiempo, deben unirse a las tribus de los bosques... Yo galoparé hacia la ciudad del Este, tú hacia la del Oeste. No nos acerquemos demasiado a las murallas, solo les dejamos el mensaje y regresamos aquí. Es lo último que podemos hacer, si es que podemos...

El guerrero accedió de mala gana y cada uno partió, tratando de llevar el aviso de muerte, la esperanza de vida.

Era de noche cuando Rawena caracoleó su caballo frente a la gran muralla que rodeaba la ciudad. Tensó su arco y la flecha salió disparada hacia la cabina de vigilancia. La respuesta no se hizo esperar.

—Maldita bárbara. —La voz metálica ululaba por el transmisor—. Nos vienes a avisar que la peste llegó a las ciudades. Nos avisas con una sucia flecha. Tú eres la apesada. Aléjate a los bosques con tus salvajes y morid allí, lejos de la civilización.

La mujer se encogió de hombros y partió de nuevo galopando hacia los bosques, galopando sin detenerse un segundo. Al amanecer vio al guerrero bárbaro que la esperaba impaciente y ninguno de los dos perdió un momento en saludarse. Corrieron con la desesperación del tiempo maldito, uno hacia el otro y los dos juntos hacia la protección de los bosques oscuros.

El programador-vigilante Lewis golpeó el *enter* con furia.

—Cuidado —rió su compañero—, siempre que estos salvajes empiezan con sus amenazas legendarias te pones

muy nervioso. No te preocupes, no será nada. Mira, ahí vienen los robots con los alimentos, vamos a cenar.

Lewis no respondió, con un gesto de incomprensión señaló la pantalla de la computadora. Un alegre muñequito danzaba en ella.

«Hola amigos, os saluda el virus del año 2100. Somos una pequeña mutación. Vamos más allá de las redes. Manejamos el oxígeno. Manejamos la electricidad. Hemos mutado levemente. Somos el virus perfecto. Somos una plaga, somos la moderna peste, ilinda broma!, lástima de ciudades tan sofisticadas, pero podéis morir tranquilos, la mayor parte del trabajo la habíais hecho vosotros».

Desde la oscuridad de los bosques, los bárbaros vieron cómo las luces de las últimas ciudades se iban apagando poco a poco como las hogueras del solsticio. Un silencio metálico descendió sobre las cenizas, sin que ningún ave renaciera de ellas.

Los hombres y las mujeres no sabían bien lo que ocurría, pero con las espadas en alto se reunieron alrededor del Gran Árbol y veneraron la tierra que pisaban. Fue entonces, en aquellos tiempos antiguos, en el Año 2100, cuando hicieron el Gran Juramento.

Y desde entonces la Tierra está protegida.

VIAJE DE REGRESO

Claudio Díaz

Claudio Díaz es un escritor argentino de fantasía, terror, aventura y ciencia ficción con un extenso recorrido editorial. Hombre de la vieja escuela, de los que se formaban trabajando, se ha desempeñado como redactor, traductor, divulgador, guionista de cómics, escritor y corrector de texto en diversas editoriales de México y Argentina.

Entre sus influencias como autor de ficción, reconoce un amplio abanico que abarca a Clark Ashton Smith, René Goscinny, H. P. Lovecraft, Carl Sagan, J. R. R. Tolkien, Carl Barks, Robert Howard, Fredric Brown, Roger Stern, Rafael Sabatini y Roy Thomas. Artistas muy dispares, pero que tienen en común el inigualable sabor de la época dorada de la literatura popular. Damos fe de que Claudio sabe hacer honor a tan ilustres referentes.

En los últimos años hemos visto su obra publicada en diversas antologías, además de sus libros —siempre ilustrados, como buen cultor del pulp que es— Crónicas del Infierno (2005), Relatos de Terra Incógnita (2010), Relatos de espada y brujería (2017) y Relatos de otros mundos (2016). De este último, ha seleccionado para nosotros Viaje de regreso, una historia introspectiva donde se aborda una de las consecuencias más aterradoras de los viajes espaciales.

Claudio Díaz es de esos autores que ya no se hacen, algo así como un moderno Fredric Brown (y no estamos exagerando). Si os gusta su trabajo la mitad que a nosotros, el siguiente será uno de los dos mejores relatos que leeréis en esta antología.

Gabriel sujetó el soldador bien firme con la mano derecha mientras mantenía bajo el brazo el tubo de acetileno. Con la otra mano se aferraba a la barra de seguridad que le permitía desplazarse en la total ingravidez del interior del vehículo espacial. Tenía los nervios de punta y, si no se movía con cuidado, podía impactar con su cabeza en alguno de los paneles laterales; eso le daría al intruso la ocasión de abalanzarse sobre él y eliminarlo.

Prestaba especial atención a los rincones y a las esclusas que conectaban con los demás compartimientos, apenas iluminados por la escasa luz que generaban los paneles solares. Ahora que sabía que había alguien más a bordo no se dejaría sorprender. En ese momento le pareció una de las peores decisiones tomadas por *Controle da Missão* el no haberles proporcionado ningún arma de fuego, pero claro, ¿quién podía culparlos? No había posibilidad alguna de ser abordados durante el viaje a Marte, y eso sin contar con el peligro que supondría una fuga de oxígeno si se perforase el casco por una bala perdida. Y sin embargo...

Sus movimientos lo llevaron hasta la compuerta que comunicaba con el camarote de Thais De Souza, su compañera de viaje. Volvió a golpear como tantas otras veces, seguro de poseer un elemento de presión válido en esta ocasión. Aunque podía hablar fluido en portugués, la furia contenida lo hacía expresarse en porteño.

—Thais... por favor te lo pido, Thais... abrí la puerta.

Desde el interior no llegó ninguna respuesta. Ella seguía negando la realidad; consideraba su actitud como un ataque paranoico provocado por el silencio y la quietud del cosmos.

—Thais, tengo en mis manos el soldador de acetileno —amenazó—. No me hagás usarlo en la cerradura.

—*Gaby, fique tranquilo* —llegó al fin la voz de ella—, *preciso que você reconsidere! Eu não vou abrir a porta enquanto continuar pensando que há mais alguém aqui. Pense um pouco: como poderiam nos ter abordado sem que a gente soubesse? Estamos os dois sozinhos aqui.*

—¡Estás con él! ¡Ahora lo sé! —estalló el joven—. ¡Todo este tiempo fingiendo, engañándome! Lo dejaste entrar, seguramente durante mi turno de descanso, mientras dormía. ¡Vos le abriste, traidora!

Los sollozos no se hicieron esperar. Thais era una mujer muy fuerte, muy valiente, pero amaba a Gabriel. Aunque rechazaba su paranoia con firmeza, no podía mantenerse fría e insensible todo el tiempo.

Mientras aguardaba una respuesta, la mente del hombre recapituló los eventos que los habían llevado a la situación imperante.

El viaje de ida hasta Marte había sido un rotundo éxito. Un año de vacaciones placenteras, interrumpidas a horarios establecidos para verificar los datos de los instrumentos de a bordo, realizar los ejercicios indicados para no perder masa muscular y eventualmente dar algún paseo extravehicular cuando se atascaba la antena secundaria —

la principal jamás funcionó—, su único enlace con la Tierra. La siguiente etapa del viaje, de cuatro semanas de duración, consistió en orbitar varias veces el planeta rojo, tomar registros de su superficie en todo el espectro electromagnético y realizar mediciones sobre el metano y otros compuestos presentes en la tenue atmósfera marciana. Ningún otro trabajo que hacer durante al menos veinte horas al día, ¡y en qué compañía!

Cuando resultó elegido como el primer astronauta argentino, Gabriel sabía que tendría que realizar el viaje junto a un colega brasilero, ya que se trataba de una misión conjunta de ambas naciones. Pero al conocer a la doctora Thais De Souza supo que había un dios en lo alto, puesto que además de ser una excelente profesional, vital en una misión de esas características, resultó también ser la más hermosa, simpática, divertida y entretenida compañera que pudiera haber elegido. Se le hizo inevitable enamorarse de ella.

Durante los meses iniciales del proyecto se había hablado mucho de reducir la tripulación al mínimo para abaratar los costos. La idea original había sido la de enviar un solo tripulante a Marte en un viaje de ida y vuelta, sin descenso programado, ya que por cada persona extra sería necesario duplicar la cantidad de combustible y alimentos necesarios. Pero se había temido que la soledad pudiera poner en peligro la cordura del elegido si llegaba a quedar limitado a sus propios recursos, en caso de perder el contacto con la Tierra.

Y fue una suerte que así lo hubieran contemplado, porque un meteoro errante había rozado la nave pocos días antes de ingresar a la órbita marciana, llevándose consigo

la antena secundaria y dejándolos incomunicados por el resto de la misión.

A partir de ese momento tuvieron que realizar las mediciones y los análisis por su cuenta y almacenar los resultados con celo estricto para poder entregarlos a su regreso. El lugar era escaso dentro del vehículo, pero se las arreglaron para combatir el silencio y la quietud del espacio de la mejor manera posible. Hasta que, promediando el viaje de regreso a la Tierra, Gabriel notó que no estaban solos a bordo.

Primero fueron apenas sombras vistas por el rabillo del ojo. Las atribuyó a la enorme tensión que experimentaba como jefe de la misión, pero luego comprobó que faltaban víveres y que algunos de los instrumentos comenzaban a fallar con mayor frecuencia de lo esperado, como si estuvieran siendo saboteados. El peor momento, sin embargo, lo había pasado en la cámara de observación, cuando una extraña sombra huyó, amparándose en la escasa luz, para cerrar luego la esclusa y dejarlo atrapado. Thais demoró cerca de dos horas en acudir a liberarlo, y eso fue lo que lo llevó a desconfiar de su, hasta entonces, compañera ideal.

Thais había afirmado que todo el asunto estaba en su imaginación, que debía tranquilizarse y entonces vería que no había nada que temer. Por sugerencia de ella, ambos se habían colocado los trajes de presión y se habían dividido para recorrer los diversos compartimientos que componían el eje principal de la nave, incluyendo aquellos que no eran habitables. No encontró nada en su recorrida, ni en el jardín hidropónico, ni en el laboratorio, ni en la sala de mandos y, cuando ella le dijo que tampoco había

hallado prueba alguna del invasor, concluyó que la bella astronauta tenía que formar parte del complot.

Mientras Gabriel pensaba cómo sonsacarle la verdad, la joven había mencionado, con toda la ternura que podía transmitir, la droga que tan sabiamente les habían proporcionado para un caso semejante. Una droga que, inyectándola directamente en el sistema circulatorio, contrarrestaba la paranoia producida por la soledad y devolvía el control de los sentidos. La furia lo encegueció. Discutieron como jamás lo habían hecho y, cuando Thais vio la locura en los ojos de su compañero, optó por refugiarse en su compartimiento, del cual no había vuelto a salir.

Y ahora se encontraban en un punto muerto; ella en su encierro casi sin víveres y él, cansado y nervioso, amenazado por un desconocido que esperaba que cayera rendido por la fatiga para eliminarlo.

Volviendo de sus devaneos a la realidad, Gabriel encendió el soldador y comenzó a trabajar en la cerradura de la compuerta. Estaba dispuesto a desenmascarar a la mujer, aunque le llevara horas. Le dolía el corazón, por supuesto, pero el instinto de supervivencia era más fuerte. No le haría daño a menos que ella lo atacase primero, si bien estaba preparado para lo peor.

—*Está bem, Gabriel, agora vou sair. Deixe-me abrir, tire o soldador daí, por favor!* —le llegó la voz de la joven desde el interior.

Los cerrojos de la compuerta se deslizaron con su sonido característico y Gabriel hizo a un lado el soldador, apagándolo, aunque sin soltarlo.

La puerta circular se abrió despacio y el joven pudo ver nuevamente a su compañera. Su rostro presentaba señales de haber llorado mucho y le ofrecía un gesto de indudable súplica. Sus labios entreabiertos lo seducían, su figura sensual y sus movimientos gráciles, aun en gravedad cero, lo llamaban para fundirse en un abrazo. Por un momento dudó y quiso estar equivocado, quiso pensar que todo era producto de su imaginación atormentada por el aislamiento, por la responsabilidad, por el silencio... En ese momento Thais lo atacó con un objeto que ocultaba en su mano, una pequeña jeringa que clavó en su cuello y que introdujo alguna sustancia desconocida en su torrente sanguíneo.

Gabriel reaccionó como pudo y, tras soltar la herramienta, llevó ambas manos al cuello de la mujer en un movimiento que los lanzó al interior del compartimiento. El impacto contra la pared opuesta fue grande, pero no aflojó la presión y pudo ver con horror cómo los ojos de Thais se apagaban, aún con la súplica y la incredulidad instaladas en ellos. A sus espaldas sintió una gran agitación; el secuaz de la joven debía estar acercándose. Sintió que su voluntad se desvanecía por el efecto de la hipodérmica, pero no soltó su presa hasta que Thais no fue más que un cuerpo inerte en sus manos. Curiosamente, con la certidumbre de lo que había hecho, llegó también la confirmación de que los sonidos se apagaban y alejaban. Se volvió para observar el corredor central y no divisó a nadie. Vacío, quieto. Todo estaba en silencio. ¡No! ¡No podía ser! ¿Dónde estaba el invasor, el polizón? ¿Acaso... acaso Thais tenía razón?

Con la angustia y la evidencia de haber cometido un

error de proporciones cósmicas, Gabriel volvió la mirada a la que había sido su compañera durante tantos meses para comprobar que su rostro angelical, ahora con la serenidad que otorga la muerte, se volvía más y más impreciso, más y más transparente, hasta desaparecer, dejando sus manos vacías excepto por la jeringa que, ahora lo sabía, él mismo se había aplicado. Y lloró, lloró durante mucho tiempo, lamentando haber perdido para siempre aquello que nunca había tenido.

SOBRAN PRÓTESIS GENÉTICAS

Julián Sánchez Caramazana

Escritor, asesor editorial, periodista de radio y prensa, educador social, actor, colaborador en publicaciones nacionales e internacionales, secretario de la asociación Área Pulp, formador de otros escritores, organizador de eventos y hombre del renacimiento, Julián Sánchez Caramazana ya ha perdido la cuenta de los libros que tiene publicados y de los premios que ha ganado.

Escribe novelas, relatos y microrrelatos sobre todo dentro de los géneros del terror, weird, pulp y aventuras, aunque también es poeta y autor de ensayos sociomusicales, reconocido por sus aportes tanto dentro como fuera de España. De su obra podemos destacar la saga de La desaparición del vampiro (con adaptación al cómic y al videojuego), La Endemoniada, Mercancía, Las lágrimas del tigre, Flora y el espejo de las miradas, Enemigo del comanche, La cara quemada del diablo, Miedos del miedo social, La soledad del zombi, Chupitos de sangre, Galimatías de la vida y multitud de poemarios como ¿Hace una cerveza?

Entre naves espaciales, colonias planetarias, ciudades y armamento de inspiración ciberpunk, granjas donde se clona mano de obra esclava y rebeliones suicidas, el relato que presentamos supone una de las pocas incursiones de Julián en el género de la ciencia ficción (con el que tiene una deuda pendiente). Sobran prótesis genéticas fue extraído de Cuencas Vacías (2013, ed. Nowtilus, Madrid), un libro que recopila 30 relatos del autor y que en la actualidad es imposible de conseguir.

*«El tercer buey llevado a bordo del transporte
ONU llevaba un arnés al cuello»*

Philip K. Dick, «La Jugada»

Nos dieron el alto a escasos metros de conseguirlo. Alguien debía habernos traicionado porque la pantalla holográfica no captó las señales de las naves invisibles de la autoridad. Tantos créditos gastados e invertidos y no pudimos hacer nada por darnos cuenta.

Juan se lanzó al vacío. Era evidente que no iba a salvar la distancia desde la altura de nuestro vehículo. Oí la desintegración de su cuerpo contra las ondas de atracción y detección emitidas por mini fuentes de calor basadas en una nueva y revolucionaria combinación de rayos ultravioletas y árboles selenitas plantados en la Luna y traídos a la Tierra.

Juan era mi cuñado. Bondadoso, trabajador, rebelde con las normas establecidas, pero un buen marido. Mi hermana le lloró unos meses antes de comenzar una nueva vida en la colonia subterránea de Cisjordania 19, en las plataformas flotantes cercanas a los cinco planetas del sistema solar recién descubiertos. Trabaja en la refinería de los laboratorios de granjas de esclavos.

Néstor, mi sobrino pequeño, cayó con más de cien agujeros de nanobalas al intentar retroceder sobre sus pasos. Yo conservé la sangre fría. Me quedé quieto. No era inmu-

ne a las armas, pero sabía que todo tiene un precio en esta vida. Solo quedaba el momento del reconocimiento y que alguien me preparara una nueva identidad. La cirugía celular haría el resto. Era lo pactado y la verdad es que esta cara me sienta mucho mejor. Atraigo a las científicas y a las camareras de una manera que considero una gozada.

De los otros quince, solo he de decir que no bajaron nunca de la camioneta flotante. El chip de autoprotección de pruebas —nada que ver con los que se empezaron a elaborar como etiquetas en Europa en el siglo XXI— les desintegró en carne, plasma de vidrio, chapa genética y sangre.

Ahora dirijo el departamento de caza de ilegales. También coordino las patrullas exterminadoras de clones. Fugitivos de las colonias espaciales que se entrenan en los campos clandestinos, hartos de la magnánima esclavitud a la que los someten sus amos. Estos puñeteros terroristas de tubo de ensayo reivindican su condición humana. Son unos radicales que perturban la paz de los días de gloria.

Yo no me he casado. Esta vida no permite ataduras que podrían conducir a desagradables acontecimientos. Tengo que estar libre para la aventura y la caza. Los días pasan muy rápido y el tráfico de naves es cada vez más peligroso. Parece ser que se están armando grupos rebeldes y vamos a tener que entrar en una cruenta batalla. Lo que más me fastidia es que mi hermana dirige uno de los grupos en la clandestinidad y yo voy a tener que delatarla. Al fin y al cabo, ella tampoco es pura. Solamente yo nací en un vientre materno, incubado dentro de mi madre, que es la maldita cabecilla de esa puta rebelión.

LA ESTIRPE DE LAS TEJEDORAS

Ismael Rodríguez Laguna

Sabemos poco de Ismael Rodríguez Laguna: que es profesor en la Facultad de Informática de la Universidad Complutense de Madrid, que algunos de sus relatos se publican en la revista Sci-Fdi (editada por la propia comunidad académica) y que, fuera de este medio, no siente un particular afán por dar a conocer su obra. Se interesa mucho más —eso sí— por el intercambio de ideas, el ejercicio de la disertación, el territorio del pensamiento.

Más allá de cualquier nota biográfica, podemos conocerlo mejor a través de su blog Historias tras salir del Mundo Ciénaga, donde ha publicado decenas de cuentos y hasta una novela completa, Pedrícese el mundo. Original en sus planteos, de estilo directo y despojado de florituras, es uno de los pocos autores de la ciencia ficción actual que nunca se sienta a escribir si no es para decir algo. Fiel a su forma de entender la literatura, en los comentarios de su blog suelen generarse verdaderos debates, donde siguen germinando las ideas y los puntos de vista novedosos. Ahora que lo pienso, no es poco lo que sabemos de Ismael Rodríguez Laguna. Basta con comenzar a explorar su obra para introducirse en su mundo. Nos sentimos afortunados de que nos permita publicar uno de sus relatos, donde explora temas como la herencia genética, la identidad y la percepción de la realidad.

Al presentar a uno de los autores anteriores dijimos que el suyo era probablemente uno de los dos mejores relatos de este libro. Bueno, el otro es este.

Orgullosa, miro mi reflejo en el espejo del escaparate. Una buena barriga. Ya estoy de siete meses. Daniel me da la mano y le miro feliz. Aguanta, ya falta menos.

Será mi primer parto y tengo miedo.

Pueden pensar que es normal tener algo de miedo. Pero yo tengo miedo porque sé lo que es parir. Nunca lo he hecho, pero lo recuerdo. Tengo recuerdos precisos de haberlo hecho al menos una veintena de veces, así como vagas pinceladas de otras tantas.

Ahora hay epidural, claro. Pero, aun así, no puedo olvidar aquel parto en 1647, ni tampoco el de 1834, ni tantos otros. Madre mía...

Daniel y yo nos fijamos en una madre que se nos cruza con su carro de bebé, antes no nos fijábamos tanto. Daniel no sabe nada de lo mío. Ningún normal sabe nada hasta que se emparenta con nuestra familia. En algún momento tendré que contárselo, pero no sé cómo hacerlo.

En nuestra familia nacemos recordando lo que sabía cada una de nuestras antecesoras hasta que dio a luz a la siguiente antecesora. En mi mente guardo recuerdos que en realidad pertenecen a mi madre, de antes de darme a luz a mí. Recuerdo, como si fuera un recuerdo propio, cuando mi madre aprendió a montar en bicicleta, o sus vacaciones de niña en la playa. También albergó otros recuerdos que realmente pertenecieron a mi abuela, de

antes de que diera a luz a mi madre, y también de mi bisabuela y de muchísimas generaciones más. Cuanto más atrás, más vagos son los recuerdos, claro, pero incluso tengo algunos recuerdos difusos de la época de Trajano o la de Recesvinto.

Por supuesto, esto implica que nacemos conociendo el lenguaje, las matemáticas y muchas cosas más. Pero no se confundan, no cogemos un lápiz teniendo dos meses de edad y nos ponemos a escribir. Para empezar, aunque sepas hacerlo, lo sabes con otro cuerpo. Desacostumbrarte a dar órdenes con tu cerebro a un cuerpo que no tienes y que en realidad nunca has tenido, el de tu madre —que crees tuyo pues recuerdas cómo utilizarlo—, y pasar a usar el tuyo en su lugar lleva tiempo, mucho tiempo. En esto los bebés normales, que no tienen nada que olvidar, nos llevan la delantera. Así que en nuestra familia los primeros años de vida siempre han sido muy torpes. Tenemos suerte si andábamos con tres años. Utilizar unas cuerdas vocales que desconoces tampoco es fácil. ¿Ustedes saben lo frustrante que es ser un minúsculo muñeco torpe e indefenso, pero a la vez saber todo lo que sabe un adulto, recordar la libertad de acción que tenías en tu vida anterior? Bueno, en realidad no es tu vida anterior, sino la que tenía tu madre, pero cuando eres tan bebé y solo tienes sus recuerdos, te cuesta diferenciar.

Daniel y yo entramos en una tienda de artículos para bebés. Todavía quedan cosas por comprar. Estoy muy ilusionada. No solo con el embarazo, sino también con mi vida. Soy muy feliz con Daniel, estoy muy enamorada. Temo un poco el momento en que tenga que contarle lo de nuestra familia, cuando nazca el bebé. Tengo que hacerlo

bien, no quiero perderle.

Cuando naces en nuestra familia, te pasas tus primeros años tratando de adaptarte a tu nuevo cuerpo —en realidad, el único que has tenido nunca— hasta que recuperas la habilidad normal de los niños de tu edad, en torno a los cinco años. Nuestras madres han hecho siempre todo lo posible para que los normales no conozcan nuestra diferencia. En realidad, desde que naces eres plenamente consciente de tu diferencia y del problema que supondría que se conociese, pues lo recuerdas. Por tanto, colaboras conscientemente en ocultarlo, pero eso puede no bastar. Cuando los colegios ya fueron accesibles para la gente normal, no era buena idea llevarnos a uno. Era difícil reprimir tu impulso de comportarte como un adulto mientras te aburrías escuchando lo que llevabas siglos sabiendo. Y si no te reprimías, entonces estabas embrujada o algo por el estilo. Así que pasábamos nuestra infancia en casa, aprendiendo las cosas nuevas de nuestra época en los libros que nos traían nuestras madres.

Recordar toda la vida de tu madre hasta que te dio a luz te da una extraña posición sobre ella. En mi familia materna nunca nos hemos llevado bien con nuestras madres. Quizás se deba a que conoces sus errores demasiado pronto, lo que te impide llegar a idolatrarla como hacen los demás niños. O quizás se deba a la sensación de que te ha robado tu individualidad al darte su personalidad, sus traumas y sus miedos. Tengo una mala relación con mi madre, igual que mi madre la tuvo con mi abuela y así sucesivamente en todos los casos, en mayor o menor medida.

Durante decenas de generaciones, todas en mi familia

hemos sido hilanderas, tejedoras y costureras, y muy buenas. Con apenas cinco años, adaptadas por fin a nuestros cuerpos y plenamente conocedoras del oficio gracias a nuestros recuerdos, cosíamos y diseñábamos patrones como una oficial experta con cuarenta años más, así que en los viejos tiempos nunca nos ha faltado el sustento. Los telares y las tijeras parecían una prolongación de nuestros cuerpos. Al llegar la industrialización, logramos adaptarnos a los telares mecánicos. No obstante, a partir de entonces las máquinas fueron quitando prestigio a nuestra profesión, más aún durante el siglo XX y lo que llevamos del XXI. Ahora las cosas se hacen de manera muy diferente. Todo lo controlan los ordenadores, casi hay que aprender a programar para tejer. Cuando tienes la cabeza tan llena de cosas nada más nacer, aprender cosas radicalmente nuevas es más difícil que si naces sin saber nada, como los demás. Nos cuesta adaptarnos. Los jovencitos que proceden de familias normales, que nacen sin saber nada, son más productivos que la gente de mi familia. Supongo que el desconocimiento hace a la gente más permeable a lo completamente nuevo. Lo que antaño era nuestra ventaja lleva algunas generaciones siendo un lastre. Y cada vez es peor.

Daniel y yo salimos de la tienda tras hacer algunos encargos. Ropa, un portabebés, la sillita para el coche... Es increíble la cantidad de trastos que conlleva un nacimiento. Volvemos a casa, estoy algo cansada.

Recuerdo que, en el siglo XX, con la llegada de las ecografías, aprendimos por qué tenemos esta extraña habilidad. Cuando una mujer de nuestra familia está embarazada, dentro de ella se forma un conglomerado de nervios

especiales que va desde el cerebro de la madre hasta el cerebro del feto pasando a través del cordón umbilical. Parece que, durante todo el embarazo, este conglomerado va transmitiendo al feto los impulsos mentales de la madre. Así, el feto va recibiendo los pensamientos de la madre y sus recuerdos.

¿Por qué la evolución ideó semejante mutación caprichosa en nuestra familia? o, mejor dicho, ¿por qué prosperó semejante experimento del azar evolutivo? Creo que la trayectoria laboral de nuestra familia lo explica. El oficio de tejer sufrió pocos cambios significativos durante siglos, así que tener toda la experiencia de tu madre desde el mismo nacimiento suponía una ventaja competitiva. Con apenas cinco años éramos muy buenas en nuestro oficio, mejores que las más expertas, así que nunca pasamos hambre y nuestros hijos crecieron sanos. Nuestro gen especial prosperó. Conozco a otras familias como nosotros, que también llevan su diferencia en secreto, dedicadas desde hace siglos a la cerámica o la cestería. Pero, igual que para nosotros, la llegada de la industrialización y de todo lo que vino después fue demoledora para ellos. Tenemos todos demasiados conocimientos de serie como para poder aprender con claridad otros completamente nuevos. En este mundo tan cambiante, el conocimiento de nuestros ancestros es inútil, es un lastre que los de mi familia deben, con gran esfuerzo por su parte, reemplazar por conocimientos nuevos. Ahora es mejor olvidar entre cada generación y la siguiente. Ahora es mejor que los bebés sean ignorantes. Los normales están mejor adaptados que nosotros.

A veces Daniel y yo hablamos ilusionados durante lar-

go rato sobre cómo criaremos a nuestro bebé. Entonces se me ocurre que podría contárselo todo en ese mismo momento, sin esperar al parto. Pero luego no me salen las palabras y decido esperar. ¿Cómo se lo tomará? Muchos normales se lo han tomado bien, lo recuerdo. Le quiero tanto...

Es difícil llevar una vida completamente normal cuando sabes que cada cosa que hagas será conocida por tus hijos, los cuales podrán usar tus recuerdos para reprocharte tus malos actos en cada discusión que tengas con ellos. En nuestra familia nunca decimos a nuestros hijos que sean responsables. Si lo hiciéramos, inmediatamente repararían todas las locuras que hicimos en nuestra juventud, que recuerdan como si las hubieran hecho ellos mismos.

Para los hombres de nuestra familia todo es diferente, claro. Saben que sus hijos no recordarán sus recuerdos: aunque propaguen el gen a sus hijos, la madre de sus hijos no tendrá ningún conglomerado de nervios para transmitir ningún recuerdo al recién nacido, así que el nuevo niño nacerá como cualquier niño normal, sin saber nada de nada. Es más, aunque la madre fuera una de los nuestros, una de los que son como nosotros, transmitiría a su bebé sus recuerdos, no los del padre. Así que los varones de nuestra familia son los únicos verdaderamente libres. Saben que lo que hagan se quedará en ellos.

Por fin hemos llegado a casa, qué ganas tenía de tumbarme en el sofá. Daniel se ha puesto a hacer la cena.

Ha llegado el momento, he roto aguas. Llegamos al hospital en apenas media hora. Ando con torpeza y me suben a una camilla. Parece que he dilatado bastante. Me ponen la epidural, bendita sea.

Unas horas después, llega el momento. Daniel entra conmigo al quirófano.

Por fin sales, preciosa. Te ponen en mi pecho y lloro de alegría.

El médico corta el cordón umbilical, y entonces todo se vuelve negro en mi cabeza.

¡No veo nada! ¿Qué está ocurriendo?

No entiendo nada de lo que veo. Lloro.

Ahora comprendo. Soy mi hija.

Durante todo este tiempo creía que era mi madre, pues tenía sus pensamientos y sus recuerdos que me llegaban a través del cordón umbilical. Por eso no me di cuenta.

Maldita sea, soy un bebé que no sabe hablar, ni moverse, ni siquiera ver. Es muy frustrante. Lloro. Eso sí sé hacerlo. Lloro mucho.

En mi familia nunca recordamos los periodos de bebé de nuestras antecesoras, así que no sabía nada sobre esto. Yo también olvidaré este día y la mayoría de los de los próximos dos o tres años. Asimilar este nuevo cuerpo mío será muy duro, así que muchas de mis conexiones mentales cambiarán en los próximos meses y olvidaré los hechos concretos de esta etapa, igual que hacen los bebés normales por motivos no demasiado diferentes. Por eso nunca hemos podido recordar cómo es esto.

Me ha pillado completamente por sorpresa. Era todo

tan real...

¡Daniel, amor mío!, ¿dónde estás?

Maldita sea, estoy enamorada de mi padre. Estoy celosa.

Creo que odio a mi madre.

PROYECTO KKOTO

Aurora Rubio

Desde hace años, Aurora Rubio escribe un blog especializado en reseñas literarias y, por el ritmo de publicación, se nota que es una lectora apasionada. Podéis echarle un ojo en Auroradestiny. En rigor de verdad, Aurora no es autora de ficción, pero cuando nos ha comentado sobre sus ansias por escribir no pudimos resistirnos y le propusimos que preparase algo para esta antología. El resultado es el relato que leeréis a continuación. Está ambientado en un observatorio astronómico, aunque a medida que avance la trama nos daremos cuenta de que no todo es lo que parece. ¿Quién sabe?, tal vez estemos asistiendo a los primeros pasos de una escritora con un gran potencial.

Tion Kkoto miró por el telescopio una vez más para cerciorarse de lo que estaba viendo. La tecnología con la que contaba permitía infinitas posibilidades de hacer nuevos descubrimientos, pero se necesitaba mucha paciencia y miles de horas de observación. Ahora, el hallazgo más increíble hasta la fecha se encontraba ante él.

Era el estudiante en prácticas que el jefe dejaba en horarios intempestivos. En esos momentos Rek, el jefe, estaría durmiendo en su casa, a pocos kilómetros del observatorio.

Marcó el número anotado en el tablón y esperó a que sonara durante más de un minuto. No lo cogía. Lo tendría apagado. ¿Y ahora qué? Una alternativa podía ser llamar al supervisor de Rek, pero no creía tener autorización para hacerlo y el número no estaba anotado por ningún lado. Optó por esperar a que Rek volviera tres horas más tarde para sustituirlo.

Se sentó delante del ordenador y observó el sector al que el telescopio apuntaba. Una luz parpadeaba esperando el nombre del nuevo objeto para cargarlo a la base de datos.

—¿Nombre del nuevo hallazgo?— Tion Kkoto pensó que tendría que ser Rek el encargado de tal honor, pero temía que el telescopio perdiera las coordenadas por algún desvío rotativo del planeta. No, era importante que el or-

denador fijara la dirección exacta así que escribió en la casilla de nombre: Kkoto.

Esperaba haber hecho lo correcto. Una vez puesto el nombre al nuevo descubrimiento el ordenador abrió una ventana en la que especificaba las coordenadas exactas y la distancia entre el planeta en el que estaba y el objeto.

Kkoto se restregó los ojos al ver la cifra exacta. ¡Aquello no era posible! Se trataba del descubrimiento más alejado hasta la fecha ¡y lo había hecho él!

Volvió a llamar a Rek otras cuatro veces, pero nada, el viejo no cogía el teléfono. Respiró hondo y volvió a mirar por el telescopio para observar su hallazgo con mayor detenimiento.

Una hora más tarde sonó el teléfono. Era Rek.

—¿Qué coño pasa, novato? No son horas para las llamadas telefónicas— gruñó desde el otro lado de la línea

—¿Tampoco son horas para informar de un descubrimiento con el telescopio?

—¿Un qué? ¿Me está tomando el pelo?

—Nada de eso, señor. Tiene que venir aquí.

—En dos horas es mi turno, ¿no puede esperar hasta entonces?

—He tenido que darle nombre al objeto descubierto para que el ordenador me escupiera los datos del telescopio.

—¿Que ha hecho qué?— El tono enfadado de Rek cogió desprevenido a Tion. Al parecer había metido la pata.

—Espere, tengo otra llamada. No cuelgue.

Dos minutos más tarde, mientras Tion miraba la pared, volvió a oír la voz de su jefe.

—Me acaban de llamar de la central. Al parecer acaba

de bautizar a un nuevo planeta con su apellido. Enhorabuena, ya es usted famoso— mascullo—. Voy para allá, pero no toque nada más.

—Sí, jefe.

Tion tuvo la sensación de que a su jefe no le había hecho ninguna gracia lo del nombre del planeta. Realmente no buscaba la fama, todo lo contrario, detestaba que los demás se fijaran en él. Tenía la sensación de que poseer un brazo de más o escamas que le brotaban del cuerpo, algo que lo diferenciara del resto. Ese era uno de los motivos por el cual había elegido ese trabajo. Un puesto tranquilo y solitario, para observar las estrellas y no ser observado por nadie.

Rek tardó en llegar lo que duran dos bocados de helm. Entró con mala cara y , en vez de saludarle o dedicarle algunos sonidos de su garganta, le apartó de un aletazo y se sentó frente al ordenador.

—Pues sí, ha sido usted el agraciado en descubrir un planeta nuevo en la galaxia más cercana a nuestro sistema. Enhorabuena. El planeta se llama Kkoto. ¿Pero ha visto esas estadísticas? Parece tener una superficie cubierta en su mayoría por agua. ¿Es posible?, ¿estaremos hablando de vida?

—Sí, el color de la superficie parece indicar la presencia de agua.

—Increíble...

—Por eso quise despertarle hace unas horas.

—Ya, ya, bueno, eso es pasado. Ahora tenemos que hablar sobre el próximo movimiento.

—¿Jefe?

—Los de arriba nos han hablado de un proyecto nuevo

que llevan años desarrollando y ahora están todos revolucionados. Parece que ha causado un verdadero revuelo su descubrimiento. Ya sabe cómo van estas cosas. — Tion no sabía cómo iban las cosas arriba. Él estaba abajo. No dijo nada—. Antes de que usted descubriera el nuevo planeta ya se estaba trabajando en un robot espacial que pudiera alcanzar grandes distancias y traernos todo tipo de información y muestras.

—¿En serio?

—Sí, pero aún queda un año para que sea viable, hasta entonces debemos esperar a tener más información del planeta. Ha sido providencial el hecho de que aparezca un objetivo claro para el proyecto.

—Tendremos que esperar, entonces.

—Sí, no hay otra alternativa.

Tion acabó sus estudios y se colocó como ayudante definitivo en el departamento de Rek. Tion creía que era por la fama que le había reportado el descubrimiento del planeta, cosa que apenas le hacía gracia, ya que sabía que no era el más capacitado para aquel puesto. El caso es que pudo seguir de cerca los preparativos. El Proyecto Kkoto consistía en enviar al robot 5 años luz de ida y luego 5 de vuelta. Eso les daría 14 rotaciones completas de su propia estrella. Un tiempo muy largo, pero la ciencia era paciencia.

Tion vio el lanzamiento en directo junto a su pareja, que había conocido hacía poco. Cogidos de sus tentáculos, vieron cómo despegaba el cohete que impulsaría al robot hasta el espacio. Allí encendería los motores para poner rumbo a Kkoto. Todos estaban muy emocionados, Rek, nervioso, movía sus extremidades en exagerados adema-

nes junto a su hija, que en vez de observar al cohete miraba a su elegido, Tion.

Fue un día especial para todos.

Siete rotaciones después recibieron reportes de la llegada del robot a Kkoto, pero no les podía transmitir más información, así que no les quedó más remedio que alegrarse de la llegada y continuar a la expectativa. Tion esperaba su primer vástago con orgullo.

Siete rotaciones más tarde, les llegó el reporte de la proximidad del robot al planeta. Todos estaban emocionados y exaltados.

—Te queremos en el equipo de extracción de datos —le dijeron los de arriba a Tion.

—¿A mí?

—Eres el que lo descubrió. Te mereces ver los datos antes que nadie. Mañana a primera hora en el hangar 8.

—Allí estaré. —La emoción de Tion no era poca. Le hubiera gustado que Rek estuviera allí, pero la migración ya había tenido lugar y no volvería a verle hasta que él la iniciara también. Se sintió apenado.

Los datos volcados en el ordenador fueron tantos que pasarían años intentando averiguar su significado. Las fotos que empezó a ver lo dejaron impresionado de la similitud con su propio planeta. Eran tan parecidos que nadie hubiera dicho que vinieran de fuera de su sistema. Pero las fotos también mostraban a sus habitantes y descubrieron que no se parecían en nada a ellos, solo tenían cuatro extremidades. Siguieron las sorpresas, ya que aparecieron ocho planetas más cerca del descubierto. Ninguno de ellos era habitable, por eso el telescopio no los había detectado. Todos se movían alrededor de una estre-

lla gigante, parecida a la de ellos.

Tion vio crecer a sus vástagos y luego a los vástagos de sus vástagos. El tiempo pasó, su pareja emigró antes que él y se quedó solo en su casa con sus recuerdos. Cuando estuvo preparado para la migración un amigo científico le explicó que el planeta al que hasta ahora habían llamado como Kkoto, en realidad se llamaba Tierra y que habían conseguido establecer comunicación a la distancia. Tion se sintió agradecido por aquella información y se dijo que la siguiente generación sabría cosas que él no podría ni llegar a imaginar. Contento de que llegara su despedida, el cuerpo se le convirtió en humo y salió volando para encontrarse con su pareja y el resto de sus antepasados.

**PERDIDO EN LA
ÚLTIMA FRONTERA**

Juan Carlos Fernández

Fan confeso de Star Wars, de los cómics de los años ochenta, de las películas de sobremesa de los sábados y de las novelas de aventuras y ciencia ficción, los deseos de Juan Carlos Fernández por crear sus propias historias se vieron materializados en los años de su juventud, cuando trabajó amistad con Alfredo Pons (el desaparecido dibujante de la revista El Víbora), junto a quien desarrolló diferentes proyectos.

Más adelante, comenzó a escribir ficción literaria, especialmente ciencia ficción y terror, siendo La chica de Venus (2008) su primera novela, a la que le siguió la postapocalíptica Después del fin (2018), nacida originalmente como una historia para su blog. En Relaciones Fatales (publicada en 2019 por Julián Sánchez Caramazana, bajo su sello Damas de Sangre), crea un universo literario que luego retomaría en ¿Quién dijo miedo? (2020, Célebre Editorial), su cuarta novela.

El relato que leeréis a continuación forma parte de una antología que está preparando y se publica aquí por primera vez. Se trata de una pequeña aventura espacial en tono de comedia, ginoide sexual, persecución, malentendidos y giro final incluidos. Esperamos que lo disfrutéis tanto como nosotros.

Teóricamente, ningún robot tiene incluido el robo o el hurto en su programación. Mucho menos los que están diseñados para proporcionar placer, pero aquel androide de proporciones aparentemente perfectas había sido reprogramado por un amo con muy malas intenciones. Tanto es así que arrastró al pobre Joy, ansioso de aventuras, a una trampa en la zona más peligrosa de la estación espacial.

Aquello le pasaba por desobedecer a todo el mundo, desde la tripulación del crucero turístico hasta el androide guía. Pero claro, él quería ver la auténtica cara de una de aquellas míticas y pioneras estaciones Última Frontera — aparte de la zona que se les mostraba a los turistas como él— y conocer a aquellos aventureros que saltaban de una a otra estrella esquivando un montón de peligros más allá del sistema solar.

Así que cuando aquella androide de insinuantes formas femeninas se le ofreció para servirle de guía personal, abrirle paso por los muelles de carga y —ya puestos— hacerle pasar la mejor noche de su vida, le fue imposible rechazar la oferta. Tampoco se molestó en informar a nadie de su aventura para que no intentaran disuadirle.

Horas más tarde se encontraba perdido, sin documentación y sin ver ningún rastro de aquel androide que tan buenas promesas le había hecho.

—¡Eh chaval, se te ve perdido! —dijo una voz de mujer detrás de él.

Era una chica menuda, bien formada, con el pelo corto y un mono de trabajo lleno de grasa que le daba un aspecto descuidado.

—Sí, bueno, estoy buscando un centro de información. Una androide sexual me ha robado todo lo que tenía, incluido el plano de la estación espacial. Ahora no sé cómo volver al hotel y, lo que es peor, tampoco encuentro guardias de seguridad o alguien de quien me pueda fiar.

—¿Así que te han robado y no tienes con qué pagarme si te indico el camino de vuelta?

—¿Pagarte?, ¿por indicarme el camino?

—Claro, monada, la vida está muy complicada últimamente. Además, por esta zona no se atreven a adentrarse las fuerzas de la ley.

—Supongo que cuando lleguemos al hotel y resuelva mi situación...

En ese momento, Joy vio a la androide que le había robado. Iba acompañada por un siniestro individuo de casi dos metros, pero Joy solo vio en él a otra víctima potencial de aquella máquina ladrona.

—¡Eh, tú! —gritó corriendo hacia la androide.

—¿Qué pasa contigo, chaval? —preguntó el tipo mal encarado.

—¡Esa androide sexual me ha robado todo lo que llevaba encima!

—Ah, ¿sí? Pues resulta que yo soy su dueño y si la acusas a ella me acusas a mí —amenazó el hombre sacando un enorme cuchillo.

—Bueno, en realidad... ahora que lo pienso, no estoy

tan seguro de que fuera ella.

—¿En serio? Pues hace un momento si parecías bastante seguro —dijo el hombre y se acercó sin soltar el arma.

—¡Aquí no admitimos embusteros ni difamadores! —gritó otro tipo poniéndose al lado del primero.

De pronto empezó a congregarse un buen número de hombres y mujeres del espacio. Estaban dispuestos a darle una paliza a aquel pardillo solo por diversión. Alguien detrás de él lo agarró de la mano.

—¡Corre! —le sugirió la mecánica. Aquello fue como el resorte que lo hizo reaccionar. La chica, sin soltarle la mano, lo condujo por aquel laberinto de pasillos hasta un gigantesco almacén de carga y descarga lleno de enormes contenedores listos para ser embarcados en alguno de los cargueros que irían más allá del sistema solar.

—¡Rápido! —le instó la chica, empujándolo dentro de un contenedor, entrando ella a su vez y cerrando tras de sí.

Dentro estaba muy oscuro y el sitio era estrecho. Joy quiso preguntar la razón por la que le ayudaba, pero ella le tapó la boca. Afuera se escuchaban las voces de sus seguidores, que parecían seguir buscándolos por los alrededores.

Cuando por fin pareció haberse tranquilizado la cosa, él se animó a preguntarle la razón de su ayuda. Ella, en respuesta, le plantó un beso en los labios.

—Me parece una buena razón —dijo Joy sonriente.

Ella volvió a besarlo a la vez que le desabrochaba la camisa. Se desnudaron mutuamente en aquél estrecho compartimento, sin dejar de besarse y acariciarse, sin ser conscientes de que afuera —en el almacén— los robots

obreros estaban cogiendo cuidadosamente aquel contenedor y subiéndolo, junto con otros, a bordo de un enorme carguero.

Estuvieron un buen rato amándose sin que nada más les importase. Cuando terminaron, Joy seguía acariciando la suave piel de su salvadora, apenas consciente del tiempo transcurrido.

—¿Se habrán ido ya? —preguntó antes de sentir un pequeño pinchazo que le hizo perder la consciencia.

Cuando despertó, con un leve dolor de cabeza, se encontraba acostado en la estrecha litera de un pequeño y desordenado camarote. Al pie de la litera había un mono de trabajo parecido al de la chica, pero limpio. Puesto que su ropa había desaparecido, no le quedó más remedio que ponérselo. A través de un diminuto ojo de buey pudo ver que la nave se desplazaba por el espacio a toda velocidad.

—¿Pero qué cojones pasa?

—Vamos, cariño, ¿no tenías ganas de aventuras? —le preguntó una voz femenina a su espalda.

Al girarse, se encontró de cara con la androide sexual, vestida ahora con ropa más apropiada para la nave en la que viajaban y con un vaso en la mano.

—¡Tú!

—Vamos, guapo, tómate esto, te ayudará con ese dolor de cabeza.

—¡Me habéis secuestrado!

—No, cariño, solo te hemos reclutado —le informó la mecánica, que acababa de aparecer por la puerta—. Joy, soy la Capitana Jacqueline Jamaica y, si me acompañas a

mi despacho, te daré el contrato para que lo firmes.

—¡No pienso firmar una mierda! ¡Exijo que me llevéis de vuelta a la estación!

—Joy, cariño, no puedo llevarte de vuelta, pero si quieres podemos ver si nos sobra algún traje espacial y tratas de volver por tu cuenta.

—¡Maldita hija de puta! ¡Estoy hablando en serio!

—Yo también, cariño, sin contrato no te puedo tener a bordo a menos que te denunciemos como polizón y te dejemos en la próxima estación. Créeme, los polizones no reciben un trato demasiado amable. La otra alternativa es la del traje espacial, pero no veo como podrías volver a la estación solo con eso, así que tú verás.

—¡Está bien, firmaré! ¡Maldita lianta, hija de puta!

Unos minutos más tarde, con el contrato ya firmado, la capitana Jamaica le daba la bienvenida a Joy como un miembro más de la tripulación del Tortuga Espacial.

CACERÍA NOCTURNA

Tony Jim

Y si hablamos de comedia dentro de la ciencia ficción actual, nuestro referente indiscutido es Tony Jim. Con más años de los que le gustaría admitir dedicado a ello, suele definirse como un escritor de relatos cortos de ciencia ficción ligera con toques de humor.

La mayor parte de su obra está protagonizada por el Piloto Jim, un torpe aventurero espacial que se enreda en las más disparatadas misiones, lo llamen o no. De estilo directo y desenfadado, maneja el diálogo como nadie, consiguiendo plantear de manera coloquial los argumentos más inverosímiles y hasta delirantes. No sabemos cómo lo hace, pero consigue cerrar con lógica los planteos más absurdos.

Al ser relatos cortos, uno puede pensar que se leen rápido, pero cuidado: si te lees uno querrás más, no pararás hasta acabártelos todos. Y eso que ya son cientos los relatos, en los que Tony ha desarrollado un universo propio con decenas de artilugios y personajes recurrentes. Estos relatos han sido recopilados en diez libros hasta la fecha, el más reciente de los cuales se titula Los tres estigmas del piloto Jim (Célebre Editorial, 2021).

Además de todo, a Tony Jim le sobra tiempo para participar en diversas asociaciones de fans y para actuar muchas veces como nexo entre autores del género. Sin ir más lejos, él tiene la culpa de esta antología que estás leyendo. Como no podía ser de otra manera, el broche de oro le corresponde ponerlo al piloto Jim, con un relato que se estrena aquí de manera exclusiva.

—Señor alcalde, recuérdeme, por favor, el motivo por el que han contratado mis servicios.

—¿No lo recuerda, señor Jim?

—Bueno, ya conoce mi amnesia selectiva.

—Ah, cierto. Pues verá, le hemos contratado en calidad de experto.

—¿Experto?, ¿experto en qué?

—En enfrentarse a hombres lobo.

—¿Hombres lobo?

—Sí, nos hemos informado antes de contratarle y sabemos que se ha enfrentado a ellos en un par de ocasiones.

—Así es, sí. Dos como mínimo, que yo recuerde.

—Pues eso, le hemos contratado para que acabe con el hombre lobo que tenemos en nuestra comunidad.

—¿Cómo está tan seguro de que se trata de un hombre lobo? En principio, son solo seres legendarios.

—Pues principalmente porque ataca a nuestro ganado los días de luna llena. Además, las pruebas indican que el atacante es un ser enorme y peludo.

—Podría ser un oso.

—En nuestros bosques no hay osos. Además, en una ocasión, una aldeana consiguió hacerle esta foto. Está un poco borrosa, pero se ve una criatura de apariencia lupina.

—Bueno, a mí más bien me parece un perro. Puede tratarse de un hombre perro.

—¿Cómo? Oh, perdone, esta es una foto de mi chihuahua. Esta es la foto correcta.

—Sí, ya veo. Se ve un homínido bastante alto y peludo.

—Bueno, está tomada desde lejos, cuando la criatura volvía al bosque tras uno de sus ataques nocturnos.

—De acuerdo. Por mis experiencias anteriores, tengo la sospecha de que el hombre lobo es alguno de ustedes.

—¿De nosotros?

—Sí, normalmente es alguien de la comunidad que en las noches de luna llena se transforma, mientras tanto parece un ciudadano corriente.

—¿Y cómo lo vamos a descubrir?

—Está todo previsto, he pedido a mi ayudante el profesor Jones que nos monte una habitación holográfica.

—Vaya, que despliegue de medios.

—Bueno, pedir una nave de la flota que tuviera holocubierta parece más complicado.

—Muy bien.

—Entonces, por favor, hagan pasar a todos los habitantes del pueblo a la sala.

—Tiene suerte de que no seamos muchos.

—Dentro de la sala recrearemos un ambiente de luna llena y eso hará que el individuo en cuestión se transforme en hombre lobo. Yo, evidentemente, estaré esperando la transformación con un arma y, cuando ocurra, le dispararé para que no nos ataque.

—Vaya, pero si es alguien de nosotros no me convence mucho que le tenga usted que disparar.

—Tranquilo, le dispararé en modo aturdir máximo, para que quede totalmente inconsciente y recobre su forma original. Así descubriremos quién es el hombre lobo y

luego ustedes decidirán qué hacer al respecto.

Así lo hicimos. Entraron en la sala holográfica los sesenta miembros de la comunidad, incluidos hombres, mujeres y niños; ya que podía tratarse de una mujer lobo o un niño lobo, aunque por la foto no lo pareciera.

Pusimos en marcha la simulación de una bonita noche de luna llena. Estuvimos esperando un par de horas, pero nadie se transformó en lobo.

—¿Seguro que están aquí todos los habitantes del pueblo?

—Así es.

—Pues qué raro. ¿Podría ser que el hombre lobo viniera de un pueblo cercano?

—Es poco probable, estamos bastante aislados, rodeados de montañas y bosques en este pequeño valle. Y el pueblo más cercano está a más de quinientos kilómetros de distancia.

—Pues tendremos que probar otra cosa. Puede que la criatura se esconda en la montaña o en el bosque.

—¿Qué propone entonces, señor Jim?

—Por lo que me ha comentado antes, esta noche hay luna llena.

—Así es.

—Pues pongan todo su ganado junto y le prepararemos una trampa.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, al ser noche de luna llena, atacará al ganado. Como este estará todo junto sabremos exactamente dónde atacará. Yo me esconderé de nuevo con mi arma esperando a que aparezca y entonces le dispararé para que revele su verdadera forma de hombre.

—Vamos, que le prepararemos una trampa.

—Eso es.

Así lo hicimos. Ya tarde en la noche, apareció la criatura en cuestión. Alta, como de unos dos metros y largos brazos peludos. La pude ver claramente desde mi escondite. Por suerte, la criatura estaba de espaldas a mí y no me vio cuando salí con el arma a punto y le disparé.

Corrimos, el alcalde y yo, a ver a ese ser de cerca.

—Vaya, pues se queda igual.

—¿A qué se refiere, señor Jim?

—Pues que no se vuelve a transformar en humano.

—Eso parece.

—Esto, en principio, tendría que ser como lo que le pasa a Hulk, que cuando pierde la conciencia se convierte de nuevo en humano.

—Pues sigue igual.

—Parece un *wookie*, pero no puede ser porque esa especie es de una galaxia lejana, muy lejana.

—Es un *sasquatch* —afirmó el alcalde.

—¿Como los de la Tierra?, ¿uno de esos, que también son llamados *Bigfoot*?

—Efectivamente. Viven en lo profundo del bosque. No sé qué hará en el pueblo.

—Pues atacar al ganado, está claro.

—Eso parece. Pero nunca hasta ahora se habían adentrado en zonas habitadas. Son muy esquivos con los humanos.

—Bueno, atémole y cuando se despierte le preguntamos.

—Sí, no son muy conversadores, pero conocen el intergaláctico común.

Pasado un buen rato, el ser peludo pareció despertarse.

—A ver, ¿por qué atacas al ganado?

—Alimento.

—¿Y por qué vienes cuando hay luna llena?

—Es cuando hay más claridad y se ve mejor.

—Eso tiene sentido, no son criaturas nocturnas.

—Pero ¿por qué ahora?

—Bosque más pequeño.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, la industria maderera del pueblo ha ido creciendo, imagino que eso hace que el bosque se vaya reduciendo.

—Pues han de controlar dicha industria.

—Creo que ya es demasiado tarde, imagino que las zonas habitadas por los *sasquatch* se han visto reducidas y, con ello, el alimento que extraen del bosque, lo que ha hecho que no les quedara más remedio que buscar fuentes de alimento alternativas, es decir, nuestro ganado.

—Pues eso parece.

—No sé qué podemos hacer para solucionarlo.

—Déjeme a mí, creo que tengo una idea.

—¡Quieto, señor Jim! No haga ninguna locura.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, cuando ha dicho que lo iba a solucionar ha sacado usted otra pistola.

—Ah, sí, en efecto.

—Creo que la solución no es sacrificar a estas buenas criaturas.

—¿Sacrificar?

—Bueno, está claro que la otra pistola que ha sacado la piensa usar.

—Así es.

—Pues eso... Para qué sirven las pistolas, sino para matar.

—Ah, no, pero esta no. Es mi pistola reductora.

—¿Y qué quiere hacer con ella?

—Bueno, les explicaré mi plan a usted y al *sasquatch*.

—Adelante.

—Vamos a reducir la población de *sasquatch*.

—Lo que yo le decía.

—Reducir, pero de tamaño, el tamaño de cada individuo. Así, con menos bosque podrán sobrevivir.

—Suena extraño.

—Pero se han de comprometer a respetar el bosque, no es cuestión de reducirlos microscópicamente o hacerlos tan pequeños que puedan llegar a pisotearlos.

—Ya veo.

—Reduciremos el tamaño de los individuos que queden, para que así sus necesidades alimenticias sean menores y puedan sobrevivir en un bosque de menor tamaño también.

—Parece un plan bastante absurdo.

—Por probar...

—¿Usted, señor *sasquatch*, está de acuerdo?

—Si no hay otra opción. Tampoco es que me apasione atacar al ganado.

—Pues adelante con ello, vamos hasta su campamento a explicarle el plan al resto.

Y así, con mi pistola reductora, una vez más pude solucionar un gran problema galáctico.

—Un momento, señor Jim.

—¿Qué pasa ahora, señor alcalde?

—Lo he pensado mejor y creo que no podremos renunciar a nuestro lucrativo negocio maderero.

—No digo que lo abandonen por completo, sino que lo hagan de manera responsable, repoblando el bosque y talando de manera sostenible. Será también beneficioso para ustedes, así su negocio durará más en el tiempo.

—Ya veo, pero creo que nuestro negocio se verá igualmente mermado y nuestras ganancias reducidas.

—Bueno, es cuestión de acostumbrarse. Sí, quizás ganen un poco menos, pero aun así seguirán ganando y, además, no tendrán pérdidas en su ganado por el ataque del *sasquatch*.

—No lo veo claro, tendrá que pensar otro plan, señor Jim.

—Vaya, con lo que me ha costado este, ponerse ahora a pensar en otro...

—Nosotros le hemos contratado, tendrá que darnos una solución satisfactoria si quiere cobrar.

—Encima con exigencias. Precisamente porque son mis contratantes es que no les reduzco a todos ustedes, que así tendrían seguro árboles gigantes para seguir su negocio.

—Ya, pero no podríamos negociar con el resto del planeta como hasta ahora por nuestro tamaño, por no mencionar que para el resto del planeta los árboles seguirían teniendo el mismo tamaño.

—Está bien, ya lo tengo. Igualmente reduciré a los *wookies*, que por lo que me ha comentado deben ser pocos, hasta que parezcan por lo menos *ewooks*, pero además con la pistola agrandadora haré crecer una parte del bosque, consiguiendo así árboles como secuoyas.

—¿Sequé?

—Secuoyas, son una variedad de árboles gigantescos. Parece mentira que sepa lo que es un hombre lobo, un *wookie*, un *sasquatch* y no sepa lo que es una secuoya.

—Ah, vale, eso suena mejor.

—Así tendrán más madera para continuar con su negocio. Pero, igualmente, les insisto en que se tendrían que replantar un poco su modelo socioeconómico para que sea más respetuoso con el medioambiente del planeta.

—Si insiste tanto...

—Insisto.

—Pues estudiaremos el tema, a ver.

Y así, ahora sí, nuevamente conseguí cumplir mis objetivos y salvar la población de un planeta. Todo ello gracias a mis pistolas.